

STEPHEN KING

ÁREA



Área 81, es un área de servicio abandonada y cerrada desde hace tiempo. Pete Simmons, un curioso niño de 10 años, decide ir con su bici hasta esta área abandonada donde sabe que los chicos mayores van para fumar, colocarse y montárselo con sus chicas. Y allí se encuentra una botella de vodka medio llena que decide probar. Pete acaba emborrachándose y cuando se despierta, descubre un coche aparcado allí, un coche sin matrícula y cubierto de barro. La puerta está medio abierta, pero no se ve a nadie dentro...

Un coche que, sin duda, recordará a los que ya aparecieron en anteriores novelas como Christine o Buick 8. Un guiño a sus lectores que han clasificado esta novela corta como "una delicia, un clásico, una novela impactante, terrorífica..."

Mile 81, la edición inglesa de Área 81, se publicó en septiembre de 2011, convirtiéndose en un best seller a las pocas horas de ponerse a la venta.

Lectulandia

Stephen King

Área 81

ePUB v1.5

aRmA_x 29.03.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Mile 81*

Stephen King, 2011.

Traducción: Albert Vitó i Godina

Ilustraciones: Getty Images

Diseño/retoque portada: Simon Schuster

Editor original: aRmA_x (v1.0 a v1.5)

Corrección de erratas: monicanaranjo y siwan

ePub base v2.0

1. Pete Simmons (Huffy del 2007)

—Tú no puedes venir —le dijo su hermano mayor. George habló en voz baja a pesar de que el resto de sus amigos (una pandilla de chicos del barrio de doce y trece años que se hacían llamar el Escuadrón Rompeculos) le esperaban, impacientes, al otro lado de la calle—. Es demasiado peligroso.

—No tengo miedo —dijo Pete. Lo dijo con bastante rotundidad, aunque en realidad sí tenía miedo, un poco. George y sus amigos iban al foso de arena que había detrás de la bolera. Allí jugarían a un juego que se había inventado Normie Therriault. Normie era el líder del Escuadrón Rompeculos y el juego se llamaba «Paracaidistas del Infierno». Había un sendero lleno de surcos que llevaba hasta el borde del precipicio, y el juego consistía en ir en bici por él a toda velocidad gritando «¡el Escuadrón mola!» tan fuerte como fuera posible y sin apoyar el culo en el sillín. La caída solía ser de unos tres metros, y la zona de aterrizaje acreditada era blanda, pero tarde o temprano alguno aterrizaría en la grava en vez de hacerlo en la arena y probablemente se rompería un brazo o un tobillo. Hasta Pete sabía eso (aunque también más o menos comprendía por qué eso aumentaba su atractivo). Entonces los padres lo descubrirían y eso supondría el final de Paracaidistas del Infierno... De momento, el juego (sin casco, por supuesto) continuaba.

Sin embargo, George era lo suficientemente sensato para no permitir que su hermano participara en el juego. Además, se suponía que tenía que cuidar de Pete mientras sus padres estaban trabajando. Si Pete destrozaba su bici Huffy en el cascajal, a George muy probablemente lo castigarían durante una semana. Si su hermano pequeño se rompía un brazo, en lugar de una semana estaría castigado un mes entero. Y si —¡Dios no lo permita!— era el cuello lo que se rompía, George sabía que no le dejarían salir de su cuarto hasta que llegara el momento de ir a la universidad.

Además, su hermano era un pelmazo, pero lo quería mucho.

—Quédate por aquí —dijo George—. Estaremos de vuelta dentro de un par de horas.

—¿Que me quede? Pero ¿con quién? —preguntó Pete con aire triste. Eran las vacaciones de primavera y todos sus amigos, los que su madre habría considerado «apropiados para su edad», al parecer se habían marchado a un lugar u otro. Un par de ellos habían ido a Disney World, en Orlando, y cuando Pete pensaba en ello lo invadían la envidia y los celos: una mezcla terrible, pero curiosamente agradable.

—Simplemente quédate por aquí —dijo George—. Ve a la tienda o algo así. —Rebuscó un poco en su bolsillo y sacó un par de billetes arrugados con el rostro de George Washington—. Toma, dos pavos.

—Caray, voy a comprarme un Corvette. Quizá dos.

—¡Simmons, date prisa o nos vamos! —gritó Normie.

—¡Voy! —respondió George. Luego, en voz baja, se dirigió de nuevo a Pete—. Toma el dinero y no seas plasta.

Pete cogió el dinero.

—Hasta me he traído la lupa... —dijo—. Iba a enseñarles...

—Ya han visto ese truco de mocosos mil veces —dijo George, pero al ver que las comisuras de los labios de Pete apuntaban hacia abajo intentó suavizar el golpe—. Además, mira el cielo, atontado. No puedes prender fuego con una lupa si está nublado. Quédate por aquí. Cuando vuelva jugaremos a las batallas navales o a lo que quieras en el ordenador.

—¡Muy bien, cagón, nos vamos! —gritó Normie.

—Tengo que irme —dijo George—. Hazme un favor, no te metas en líos. Quédate por el barrio.

—Seguro que te rompes la columna y te quedas en una silla de ruedas para el resto de tu puta vida —dijo Pete, y acto seguido formó unos cuernos con los dedos y escupió en el suelo para ahuyentar el mal fario—. ¡Buena suerte! —gritó mientras su hermano se alejaba—. ¡Salta tan lejos como puedas!

George levantó la mano para despedirse, pero no miró atrás. Iba de pie sobre los pedales de su bici, una vieja Schwinn que Pete anhelaba montar pero que aún le quedaba demasiado grande (lo había intentado una vez y se la había pegado nada más salir de casa). Pete contempló cómo su hermano pedaleaba cada vez a más velocidad por aquella calle residencial de Auburn para alcanzar a sus colegas.

Pete se quedó solo.

Sacó la lupa de las alforjas de su bicicleta y la alzó. La sostuvo por encima del brazo, pero no vio ningún punto de luz ni sintió calor alguno. Desanimado, alzó la mirada hacia las nubes bajas que cubrían el cielo y volvió a guardarse la lupa. Era una lupa buena, una Richforth. Se la habían regalado las pasadas Navidades para la granja de hormigas de su proyecto de ciencias.

—Acabarás cogiendo polvo en el garaje —le había dicho su padre. Sin embargo, a pesar de que había terminado el proyecto de ciencias en febrero (Pete y su compañero, Tammy Witham, habían sacado un sobresaliente), Pete aún no se había cansado de la lupa. Le gustaba especialmente agujerear trozos de papel en el jardín, quemándolos con la luz del sol.

Pero ese día no. Ese día, la tarde prometía ser larga. Podía irse a casa y ver la tele, pero su padre había bloqueado todos los canales interesantes después de descubrir que George había estado grabando los capítulos de *Boardwalk Empire*, donde salían demasiados gángsters y demasiadas tetas para su gusto. Su padre también había hecho algo parecido en su ordenador y Pete aún no había descubierto la manera de burlarlo. Pero lo conseguiría, solo era cuestión de tiempo.

Y ahora, ¿qué?

—Y ahora, ¿qué? —se dijo en voz baja antes de empezar a pedalear lentamente hacia el final de Murphy Street—. Ahora ¿qué... coño... hago?

Demasiado pequeño para jugar a Paracaidistas del Infierno porque es demasiado peligroso. Vaya mierda. Tan solo esperaba que se le ocurriera algo para demostrar a George, a Normie y al resto del Escuadrón que los pequeños también podían enfrentarse al peli...

Y entonces fue cuando se le ocurrió. Podía explorar el área de servicio abandonada. Pete no creía que los chicos mayores conocieran ese lugar porque había sido un chaval de su edad, Craig Gagnon, quien se lo había contado. Le había dicho que había estado allí con dos chicos de diez años el pasado otoño. Por supuesto, podía no ser más que una mentira, pero Pete no creía que lo fuera. Craig había dado muchos detalles y no era precisamente un chico con demasiada imaginación.

Ya con un destino en mente, Pete empezó a pedalear más rápido. Al final de Murphy Street torció a la izquierda por Hyacinth. No había nadie, ni peatones por la acera, ni coches en la calzada. Oyó el aullido de una aspiradora al pasar frente a la casa de los Rossignols pero, aparte de eso, todo el mundo parecía estar dormido o muerto. Pete supuso que en realidad debían de estar trabajando, como sus padres.

Dobló a la derecha por Rosewood Terrace y dejó atrás el rótulo amarillo que rezaba CALLE SIN SALIDA. No había más que una docena de casas en Rosewood. Al final de la calle había una valla de tela metálica y al otro lado una densa maraña de arbustos y de árboles esmirriados. A medida que Pete se acercaba a la valla (y al rótulo absolutamente innecesario que había colgado en ella con la inscripción PASO RESTRINGIDO), paró de pedalear y dejó que la bicicleta siguiera rodando, llevada por el impulso.

Comprendía vagamente que, aunque él pensara en George y en sus colegas del Escuadrón como Chicos Mayores (y de hecho así era como se consideraban los miembros del Escuadrón), *en realidad* no eran Chicos Mayores. Los Chicos Mayores de verdad eran adolescentes agresivos que ya tenían carnet de conducir y novia. Los Chicos Mayores de verdad iban al instituto. Les gustaba beber, fumar porros, escuchar heavy metal o hip-hop y montárselo con sus novias.

Ahí estaba: el área de servicio abandonada.

Pete bajó de la bici y miró a su alrededor para ver si alguien lo estaba observando. No había nadie. Ni siquiera había visto a las pesadas de las gemelas Crosskill, que se pasaban el día saltando a la comba por el vecindario (en tandem) cuando no había clase. Pete pensó que era un puto milagro que no estuvieran por ahí.

No muy lejos, se oía el rugir continuado de los coches al pasar por la I-95, en sentido sur hacia Portland o en sentido norte hacia Augusta.

Incluso si lo que Craig le había contado era cierto, probablemente habían

arreglado la valla, pensó Pete. *Así funcionan las cosas hoy en día.*

Pero cuando se acercó un poco más vio que, aunque la valla *parecía* intacta, en realidad no lo estaba. Alguien (probablemente un Chico Mayor que desde hacía un tiempo ya había pasado a engrosar las filas de los Jóvenes Adultos) había cortado el alambre en línea recta, de arriba abajo. Pete miró a su alrededor una vez más, enlazó las manos en aquellos rombos metálicos y empujó. Esperaba encontrar cierta resistencia, pero no fue así. La malla metálica se abrió como la puerta de un corral. Muy bien, los Chicos Realmente Mayores la habían utilizado. Toma ya.

Era lógico, si te parabas a pensarla. Tal vez tenían carnet de conducir, pero la entrada y la salida del Área 81 estaba bloqueada por esos enormes toneles naranjas que ponían los operarios de las autopistas. La hierba crecía a través de las grietas del asfalto del aparcamiento desierto. Pete lo había visto miles de veces, porque el autobús escolar pasaba por la I-95 para ir a las tres salidas de Laurelwood, donde lo recogía a él, hasta Sabattus Street y de vuelta a la escuela primaria de Auburn.

Recordaba la época en que el área de servicio funcionaba. Había una gasolinera, un Burger King, una heladería TCBY y una pizzería Sbarro's. Luego cerraron el área de servicio. El padre de Pete solía decir que había demasiadas áreas como esa en la autopista y que el Estado no podía permitirse el lujo de mantenerlas abiertas.

Pete pasó la bicicleta a través del agujero de la valla de alambre y luego volvió a cerrar la improvisada puerta hasta que las formas de diamante coincidieron de nuevo y la valla recuperó su apariencia intacta. Se acercó andando a la barrera de arbustos, intentando que los neumáticos de su bici no pisaran ningún cristal roto (había muchos a ese lado de la valla), y empezó a buscar algo que sabía que encontraría. La valla cortada indicaba claramente que tenía que estar allí.

Y ahí estaba. Indicado con unas colillas aplastadas y unas cuantas botellas vacías de cerveza y refrescos, encontró un camino que se adentraba entre la maleza. Todavía empujando la bici, tomó aquel sendero. Pete desapareció entre la alta maleza. Tras él, Rosewood Terrace seguía sumida en otro día nublado de primavera.

Era como si Pete Simmons nunca hubiera estado allí.

Pete calculó que entre el inicio del sendero, en la valla de alambre, y el Área 81 no había ni un kilómetro de distancia, y encontró varias señales de Chicos Mayores a lo largo del camino: media docena de botellines marrones (dos de ellos aún con cucharillas de coca llenas de mocos pegados), bolsas vacías de aperitivos, unas braguitas de encaje colgando de un arbusto de espino (a Pete le pareció que llevaban bastante tiempo allí, unos cincuenta años, al menos) y ¡el premio gordo!, una botella medio llena de vodka Popov aún con el tapón puesto. Tras cierto debate interior, Pete la metió en sus alforjas junto a la lupa, el último número de *American Vampire* y unas cuantas galletas Oreo con relleno doble que llevaba en una bolsita de plástico.

Cruzó un arroyuelo de aguas mansas empujando la bici y, ¡bingo!, había llegado a

la parte trasera del área de servicio. Había otra valla de alambre, pero también estaba cortada, de modo que Pete pudo entrar sin problemas. El camino continuaba sin más obstáculos a través de la hierba alta hasta el aparcamiento de la parte trasera, donde debían de estacionar los camiones de reparto cuando el área aún funcionaba. Vio que cerca del edificio había unos rectángulos más oscuros en el asfalto, en los lugares en los que solían estar los contenedores. Pete bajó la pata de cabra de su bici y la dejó aparcada en uno de los rectángulos.

El corazón le latía con fuerza cuando pensó en lo que le esperaba a continuación. *Allanamiento de morada, chaval. Podrían meterte en la cárcel por esto.* Pero ¿se consideraría allanamiento de morada si encontraba una puerta abierta o un tablón suelto en una de las ventanas? Supuso que sí, que seguiría siéndolo. Pero ¿el hecho de entrar en un lugar constituía un delito en sí mismo?

En el fondo sabía que sí, pero también supuso que si no se forzaba la entrada no implicaba prisión. Además, ¿no había ido hasta allí para arriesgarse? ¿No quería hacer algo sobre lo que luego pudiera fanfarronear ante Normie, George y el resto del Escuadrón Rompeculos?

Bueno, lo admitía, estaba asustado, pero al menos ya no se aburría.

Intentó abrir la puerta en la que había un rótulo descolorido que rezaba SOLO PERSONAL AUTORIZADO, pero no solo estaba cerrada sino *muy bien* cerrada con llave. Por allí sería imposible. Junto a la puerta había dos ventanas, pero con solo mirarlas se dio cuenta de que estaban selladas con tablones. Luego se acordó de la valla de alambre que parecía intacta y no lo estaba, por lo que decidió comprobar el estado de los tablones. Nada. En cierto modo, fue un alivio. Al fin y al cabo era una buena excusa para no entrar.

Aunque... los Chicos Mayores de Verdad sí entraban. Estaba seguro de que entraban. Pero ¿cómo lo hacían? ¿Por la puerta principal? ¿A la vista de todos los que pasaban por la autopista? Tal vez sí, si iban de noche, pero a Pete no le apetecía nada intentarlo a plena luz del día. Podía pasar por allí un motorista con un móvil y marcar el número de emergencias: «He pensado que les gustaría saber que hay un chico tocando los cojones en el Área 81. ¿Sabe dónde? Donde estaba el Burger King».

Preferiría romperme un brazo jugando a Paracaidistas del Infierno que tener que llamar a mis viejos desde el cuartelillo. De hecho, antes preferiría romperme los dos brazos y pillármela con la bragueta.

Bueno, eso último tal vez no.

Decidió acercarse a la plataforma de carga y, una vez allí, de nuevo el premio gordo. Había docenas de colillas aplastadas a los pies de la isleta de cemento y unos cuantos botellines marrones más rodeando al rey: un frasco verde oscuro de jarabe para la tos Ny-Quil. La superficie de la plataforma, donde los camiones acercaban los remolques marcha atrás para descargar las mercancías, quedaba a la altura de los ojos

de Pete, pero el hormigón se estaba desmenuzando y había un montón de puntos de apoyo para un chiquillo ágil como él y calzado con unas Converse. Pete levantó los brazos, se aferró con los dedos a la superficie picada de la plataforma y el resto, como suele decirse, fue pan comido.

Ya encima de la plataforma vio unas letras descoloridas de color rojo pintadas con espray: VIVA EDWARD LITTLE, LOS RED EDDIES MOLAN. *No es verdad*, pensó Pete. *El Escuadrón Rompeculos, mola*. Luego miró a su alrededor desde aquella posición privilegiada, sonrió y dijo:

—De hecho, yo sí que molo.

Y mientras observaba desde lo alto de la plataforma en el aparcamiento desierto, eso era lo que realmente sentía. Al menos en ese preciso momento.

Bajó de la plataforma (solo para asegurarse de que no había ningún problema) y entonces recordó lo que llevaba en las alforjas. Provisiones, por si decidía pasar toda la tarde allí, explorando y todo eso. Pensó en lo que debía llevarse y al final decidió desabrochar las alforjas y llevárselo todo. Incluso la lupa podía serle útil. Una vaga fantasía empezó a tomar forma en su mente: un joven detective descubre la víctima de un asesinato en un área de servicio abandonada y resuelve el caso antes de que la policía se entere de que se ha cometido un crimen. Ya se veía a sí mismo contando que había sido muy sencillo mientras los miembros del Escuadrón lo escuchaban boquiabiertos. Elemental, mis queridos huevones.

No eran más que chorraditas, claro, pero le divertía imaginarlas.

Colocó la bolsa en la plataforma de carga (con especial cuidado de no romper la botella medio llena de vodka) y luego volvió a subirse. La puerta de metal corrugado que le impedía entrar tenía más de tres metros y medio de alto y estaba cerrada por abajo, no con uno sino con dos gigantescos candados. También vio que había una abertura más pequeña en la misma puerta, para el paso de personas. Pete comprobó la manija, pero no giraba, como tampoco se abría la puerta pequeña por más que tirara de ella o empujara, aunque sí tenía algo de juego. Bastante, de hecho. Al mirar hacia abajo vio que había una cuña de madera metida bajo la puerta, una precaución totalmente estúpida, si es que realmente se trataba de una precaución. Pero ¿qué se podía esperar de unos chavales que se colocaban con cocaína y jarabe para la tos?

Pete tiró de la cuña y volvió a intentar abrir la puerta, que cedió con un chirrido.

Los ventanales de lo que había sido el Burger King estaban cubiertos de malla gallinera en lugar de tablas, de modo que Pete no tuvo problemas para ver a través de ellos. No quedaban mesas ni reservados en la parte del restaurante y la zona de la cocina no era más que un hoyo oscuro, con unos cuantos cables en las paredes y varias baldosas colgando del techo, aunque todavía quedaba algún mueble.

En el centro, rodeadas por sillas plegables, habían juntado dos mesas de cartas. En esa superficie duplicada había media docena de ceniceros mugrientos, varias

barajas grasientas de la marca Bicycle y un estuche lleno de fichas de póquer. Las paredes estaban decoradas con veinte o treinta desplegables de revistas que Pete inspeccionó con mucho interés. Sabía lo que era un chocho, había visto más de uno en la HBO y en CinemaSpank (antes de que sus viejos se enteraran y le bloquearan los canales Premium de la tele por cable), pero aquellos eran chochos *afeitados*. Pete no estaba seguro de cuál era el aliciente —a él le parecieron más bien asquerosos—, pero pensó que seguramente lo vería de otra manera cuando creciera un poco. Además, las tetas lo compensaban todo. Las tetas eran la hostia.

En un rincón había tres colchones roñosos juntos, como las mesas de cartas, pero Pete ya era lo suficientemente mayor para saber que no los utilizaban precisamente para jugar al póquer.

—¡Enséñame el chocho! —ordenó a una de las chicas de los desplegables de la revista *Hustler* que colgaban de la pared antes de echarse a reír—. ¡Enséñame tu chocho *afeitado*! —añadió, y se rió con más ganas todavía. Le habría gustado que Craig Gagnon hubiera estado allí. Aunque Craig era un pardillo, juntos se habrían reído de lo lindo de aquellos chochos afeitados.

Empezó a vagar por el recinto mientras la risa floja emergía de vez en cuando, como las burbujas de un refresco carbonatado. El área de servicio era un lugar fresco y húmedo, pero no hacía demasiado frío. Lo peor era el olor, una combinación de humo de cigarrillo, humo de porro, restos de alcohol y la podredumbre que impregnaba las paredes. Pete pensó que tal vez también olía a carne podrida. Probablemente a causa de los restos de bocadillos comprados en el Rosselli's o en el Subway.

Colgado en la pared junto al mostrador donde la gente solía pedir los Whoppers, Pete descubrió otro póster. Este era de Justin Bieber. Le habían pintado los dientes de negro y alguien le había pegado un adhesivo con la esvástica nazi en una mejilla. De lo más alto de la pelambrera le salían dos cuernos de demonio garabateados en color rojo y tenía dardos clavados en la cara. Alguien había escrito en rotulador, encima del póster: BOCA: 15 PUNTOS, NARIZ: 25 PUNTOS, OJOS: 30 PUNTOS CADA 1.

Pete sacó los dardos y retrocedió por la gran sala vacía hasta llegar a una marca negra que había en el suelo, con la inscripción LÍNEA BIBER. Pete se situó detrás de la línea y lanzó los seis dardos unas diez o doce veces. En el último intento consiguió 125 puntos. Pensó que no estaba nada mal. Se imaginó a George y a Normie Therriault aplaudiendo.

Se acercó a una de las ventanas cubiertas de alambre y contempló desde allí las isletas de hormigón vacías, donde solían estar los surtidores de gasolina, y el tráfico que pasaba algo más alejado. Un tráfico fluido. Pensó que con la llegada del verano la autopista volvería a llenarse de coches de turistas y veraneantes, avanzando a paso de tortuga, pegados los unos a los otros, a menos que su padre tuviera razón y el precio

de la gasolina alcanzara los siete pavos por galón y todo el mundo decidiera quedarse en casa.

¿Y ahora qué? Ya había jugado a los dardos, había visto tantos chochos afeitados como para... bueno, quizá no para toda una vida, pero para unos cuantos meses sí. Y no había asesinatos por resolver, por lo tanto... ¿ahora qué?

Vodka, decidió. Eso sería lo siguiente. Tomaría unos cuantos sorbos simplemente para demostrarse que podía y para que sus fanfarroneadas futuras tuvieran ese halo de veracidad que resultaba vital. Luego, pensó, recogería sus cosas y regresaría a Murphy Street. Haría todo lo posible para que su aventura sonara interesante, incluso emocionante, aunque en realidad no hubiera sido para tanto. Simplemente era un lugar al que los Chicos Realmente Mayores iban a jugar a cartas, a montárselo con chicas y a protegerse cuando llovía.

Pero emborracharse... eso ya era *algo*.

Cogió las alforjas, las llevó hasta los colchones y se sentó (intentando evitar las manchas, que no eran pocas). Sacó la botella de vodka y la examinó con absoluta fascinación. Con diez años camino de once, no ansiaba con especial interés probar los placeres adultos. El año anterior le había rapiñado un cigarrillo a su abuelo y se lo había fumado detrás del 7-Eleven. En realidad solo se lo fumó hasta la mitad. A continuación se apoyó en la pared y vomitó todo el almuerzo entre sus zapatillas. Ese día había conseguido una información interesante pero no muy valiosa: que las judías y las salchichas tal vez no tengan muy buen aspecto cuando entran en tu boca, pero al menos saben bien, y que cuando vuelven a salir por la boca, tienen un aspecto asqueroso y saben todavía peor.

A juzgar por el rechazo instantáneo y enfático que su cuerpo había demostrado por el cigarrillo, pensó que el alcohol no debía de ser mejor. Probablemente incluso era peor. Pero si no lo probaba, aunque fuera solo un poquito, cualquier fanfarronada que pudiera contar sería mentira. Y su hermano George tenía un auténtico radar con las mentiras, sobre todo con las de Pete.

Probablemente volveré a vomitar, pensó. Luego dijo:

—La buena noticia es que no seré el primero en hacerlo en *esta* pocilga.

Eso le hizo reír de nuevo. Seguía sonriendo mientras desenroscaba el tapón y se acercaba la botella a la nariz. Olía, pero no mucho. Tal vez era agua en lugar de vodka y el olor no era más que un vestigio. Se llevó la botella a la boca, en parte con la esperanza de que fuera vodka y en parte con la esperanza de que no lo fuera. No esperaba gran cosa y sin duda lo que no quería era emborracharse y romperse el cuello al intentar bajar de la plataforma, pero sentía cierta curiosidad. A sus padres *les encantaba*.

—Los valientes siempre son los primeros —dijo, sin saber muy bien por qué, antes de tomar un pequeño sorbo.

No era agua, eso seguro. Sabía a petróleo rebajado y caliente. Se lo tragó casi por sorpresa. El vodka le dejó una oleada de calor en la garganta y acabó explotando en el estómago.

—¡Dios! —exclamó Pete.

Las lágrimas le nublaron los ojos. Estiró el brazo para mantener alejada la botella, como si lo hubiera mordido. Pero el calor que sentía en el estómago empezaba a remitir y se sentía algo mejor. No estaba borracho, y tampoco tenía ganas de vomitar. Probó otro sorbito más, ahora que sabía qué podía esperar de ello. Calor en la boca... calor en la garganta... y luego un estallido en el estómago.

En realidad no estaba tan mal. Empezó a sentir un cosquilleo en los brazos y las manos. Tal vez en el cuello, también. No era la sensación de hormigueo que sentías cuando se te dormía un brazo o una pierna, sino más bien como si se despertara algo.

Pete se llevó la botella a los labios de nuevo y volvió a bajarla. Había más cosas de las que preocuparse aparte de la posibilidad de caer desde lo alto de la plataforma de carga o de pegársela con la bici en el camino de vuelta a casa (por un momento se preguntó si podían arrestarte por ir en bici borracho y supuso que sí). Tomar unos tragos de vodka para poder alardear de ello era una cosa, pero si se emborrachaba, su madre y su padre lo sabrían cuando llegaran a casa. Lo sabrían enseguida. Intentar fingir que estaba sobrio no serviría de nada. Ellos bebían, sus amigos bebían, y algunas veces demasiado. Debían de conocer bien los síntomas.

Además, debía tener en cuenta la temida RESACA. Pete y George habían visto a su padre y a su madre arrastrándose por la casa, pálidos y con los ojos enrojecidos, demasiados sábados y domingos por la mañana. Tomaban pastillas de vitaminas, les mandaban bajar el volumen de la tele y la música quedaba absolutamente *verboten*. La RESACA parecía lo más opuesto a la diversión.

Aun así, seguro que un sorbo más no podía hacerle daño.

Pete tomó un trago algo más generoso.

—*Fiuuu!* —gritó— *¡Hemos completado el despegue!* —Eso le hizo reír. Se sentía un poco exaltado, pero era una sensación de lo más agradable. No entendía cómo la gente podía fumar. En cambio, sí le parecía entender que la gente bebiera.

Se levantó, se tambaleó ligeramente, recuperó el equilibrio y volvió a reírse.

—Podéis saltar por ese puto foso de arena tanto como queráis, machotes —dijo dirigiéndose al restaurante desierto—. Yo llevo un pedo de puta madre y eso mola mucho más.

Eso le hizo *muchísima* gracia, por lo que se rió con ganas.

—*¿De verdad voy pedo? ¿Con solo un par de sorbitos?*

Él pensaba que no, pero indudablemente estaba borracho. Basta. Más que suficiente.

—Bebe con responsabilidad —dijo de nuevo dirigiéndose con un resoplido al

restaurante desierto.

Decidió quedarse por allí y esperar a que se le pasara un poco. Una hora sería suficiente, tal vez dos. Pongamos que hasta las tres en punto. No llevaba reloj, pero estaría atento a las campanadas de St. Joseph, a poco más de un kilómetro de allí. Y entonces se marcharía, primero escondería el vodka (para posibles futuros experimentos) y volvería a meter la cuña bajo la puerta. Antes de volver al barrio pasaría por el 7-Eleven y compraría unos cuantos chicles mentolados de esos tan fuertes, para que el aliento no le oliera a alcohol. En ocasiones les había oído decir a los chicos que el vodka era la mejor opción cuando se trataba de saquear el mueble bar de los padres, porque *no olía* a nada. Pero en ese momento Pete era un chico mucho más listo que una hora antes.

—Además —declamó frente al restaurante desahuciado en tono de conferenciente—, apuesto a que tengo los ojos rojos, igual que papá cuando se ha tomado ya *mutos marchinis*. —Hizo una pausa. No era del todo cierto, pero ¡qué cojones!

Pete recogió los dardos, retrocedió hasta la LÍNEA BIBER y los lanzó. Solo uno de ellos acertó en Justin y eso lo sorprendió mucho, tanto que se rió más de lo que se había reído hasta entonces. Mientras los recogía de nuevo, iba tarareando el estribillo de «Baby», el gran éxito de Justin del año anterior. Se preguntaba si Justin sería capaz de conseguir un éxito como aquel con una canción que se titulara «Mi chica se afeita el chocho». La mera idea le hizo tanta gracia que acabó riéndose acuclillado, con las manos sobre las rodillas.

Cuando se le hubo pasado la risa, se limpió las dos candelas de mocos que le colgaban de la nariz, sacudió la mano para que cayeran al suelo (*ahí tenéis mi opinión acerca de vuestro restaurante*, pensó, *lo siento, Burger King*), y volvió a arrastrar los pies hasta la LÍNEA BIBER. La segunda vez tuvo menos suerte todavía. No veía doble ni nada parecido, pero no consiguió clavarle ni un solo dardo a Justin.

En el fondo se sentía un poco mareado. No mucho, pero lo suficiente como para alegrarse de no haber tomado un cuarto trago.

—Habría echado las papas por culpa del Popov —dijo. Se rió una vez más y luego expulsó un sonoro eructo que le dejó la garganta ardiendo. Toma ya. Dejó los dardos donde estaban y volvió a los colchones. Se le ocurrió que podía utilizar la lupa para ver si había algo realmente pequeño andando por allí, pero llegó a la conclusión de que era mejor no saberlo. Pensó en comerse alguna Oreo, pero temía el efecto que pudieran causar en su estómago. Se sentía, por qué negarlo, un poco tocado.

Se recostó con las manos enlazadas detrás de la cabeza. Había oido que cuando estabas muy borracho todo empezaba a darte vueltas. Eso no le estaba pasando, pero en cambio le apetecía muchísimo echarse una siestecita. Como para dormir la mona y eso.

—Pero no mucho rato.

No, mucho rato no. Eso estaría muy mal. Si sus viejos volvían a casa y no lo encontraban allí, tendría problemas. Y probablemente George también, por haber salido sin él. La cuestión era si conseguiría despertarse cuando sonaran las campanadas de las tres del St. Joseph.

Durante esos últimos segundos de vigilia, Pete se dio cuenta de que era su única esperanza. Porque ya se estaba quedando frito.

Cerró los ojos.

Y se quedó dormido en el restaurante abandonado.

Fuera, circulando en sentido sur por la I-95, apareció un coche familiar de marca y año indeterminados. Iba muy por debajo del límite mínimo de velocidad establecido. Un camión que viajaba bastante rápido llegó por detrás y de un volantazo se metió en el carril de adelantamiento mientras hacía sonar el claxon.

El coche familiar, que apenas iba al ralentí, tomó la salida que conducía al área de servicio ignorando el rótulo enorme que rezaba CERRADO. FUERA DE SERVICIO. PRÓXIMA GASOLINERA Y RESTAURANTE A 43 KM. Golpeó cuatro de los toneles naranjas que cortaban el paso, que se dispersaron rodando, y el coche finalmente se detuvo a unos sesenta metros del edificio donde se encontraba el restaurante abandonado. La puerta del copiloto se abrió, pero no salió nadie. No sonó ninguna de esas alarmas que te indican que hay una puerta abierta. Simplemente se quedó entreabierta.

Si Pete Simmons hubiera estado mirando en lugar de roncando, no habría podido ver al conductor. El familiar estaba salpicado de barro, igual que el parabrisas, lo que no dejaba de ser extraño, pues en el norte de Nueva Inglaterra no había caído ni una gota desde hacía más de una semana y la autopista estaba completamente seca.

El coche se quedó a cierta distancia de la rampa de entrada, bajo el cielo nuboso de abril. Los toneles con los que había chocado se detuvieron finalmente y la puerta del conductor quedó abierta a modo de invitación.

2. Doug Clayton (Toyota Prius del 2009)

Doug Clayton era un agente de seguros de Bangor al que habían enviado a Portland, donde tenía una reserva en el Sheraton. Esperaba llegar como muy tarde a las dos. Eso le daría tiempo de sobra para echarse una siesta (un lujo que raramente podía permitirse) antes de salir a cenar por Congress Street. Al día siguiente se presentaría muy temprano en el Centro de Conferencias de Portland, se pondría una tarjeta identificativa en la solapa y se uniría al resto de agentes, unos cuatrocientos, para asistir a una conferencia titulada «Incendios, tormentas e inundaciones: los seguros contra las catástrofes en el siglo XXI». Al pasar por el rótulo que indicaba el kilómetro 82, Doug se acercaba a su propia catástrofe personal, pero era una clase de catástrofe que la conferencia de Portland ni siquiera cubriría.

Llevaba el maletín y la maleta en el asiento de atrás. En la guantera del pasajero llevaba una Biblia (la Biblia del rey Jacobo; la única para él). Doug era uno de los cuatro predicadores laicos de la Iglesia del Santo Redentor, y cuando le tocaba predicar, le gustaba hablar de su Biblia como «el manual de seguros definitivo».

Doug había encontrado la salvación en Jesucristo después de haber pasado diez años enganchado a la bebida, desde los últimos tiempos de su adolescencia hasta casi terminar la veintena. Esa juerga que había durado una década terminó con un coche siniestrado y treinta días en la cárcel del condado de Penobscot. La primera noche la pasó arrodillado en una celda apestosa, poco mayor que un ataúd, y desde entonces rezaba de rodillas todas las noches antes de irse a dormir.

—Ayúdame a mejorar —había rezado esa primera noche y todas las que habían pasado desde entonces. Aquella oración tan simple había recibido respuesta, primero multiplicada por dos, luego multiplicada por diez, luego por cien. Estaba convencido de que, al cabo de unos años, la compensación sería mil veces mayor. ¿Y lo mejor de todo? Que el cielo le estaría esperando al final.

Su Biblia estaba muy sobada, porque la leía cada día. Le encantaban las historias que contenía, pero la que más le gustaba —sobre la que meditaba más a menudo— era la parábola del Buen Samaritano. Había predicado ese pasaje del evangelio de Lucas muchas veces y la congregación del Redentor siempre respondía con generosas alabanzas, gracias a Dios.

Doug pensó que tal vez se debía a que veía aquella historia desde una perspectiva muy *personal*. Un sacerdote ignora a un viajero que está tendido junto al camino después de que lo han robado y apaleado. Un miembro de la tribu de Leví hace lo mismo. ¿Y quién se acerca a continuación? Un samaritano con mala pinta que odia a los judíos. Y resulta que es el samaritano quien acaba ayudando al viajero, a pesar de su mala pinta y de su odio antisemita. Le limpia las heridas y los cortes y luego se los venda. Carga al viajero sobre su asno y le consigue alojamiento en la primera posada

que encuentra.

—Entonces ¿cuál de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los ladrones? —le preguntó Jesús al joven intérprete de leyes que le había consultado acerca de los requisitos para vivir eternamente. Este, que tonto no era, respondió:

—El que fue misericordioso con él.

Si había algo que horrorizara a Doug Clayton era la posibilidad de convertirse en el miembro de la tribu de Leví de esa historia. La posibilidad de negarse a ayudar en alguna ocasión a alguien que necesitara su ayuda. De pasar de largo. Por eso cuando vio el coche familiar lleno de barro aparcado frente a la entrada del área de servicio abandonada, los toneles naranjas derribados frente a él y la puerta del conductor entreabierta, apenas dudó un momento antes de poner el intermitente y dirigirse hacia la entrada.

Aparcó detrás del familiar, puso las luces de emergencia y se dispuso a salir. Entonces se dio cuenta de que el coche que tenía delante parecía no llevar matrícula, aunque estaba tan cubierto de lodo que no podía saberlo con seguridad. Doug cogió el teléfono móvil de la guantera central de su Prius y se aseguró de que estuviera conectado. Una cosa era ser un buen samaritano, pero acercarse a un coche que estaba hecho unos zorros sin tomar precauciones era simplemente de estúpidos.

Salió del coche y se acercó al familiar con el teléfono en la mano izquierda. Pues no, no llevaba matrícula, lo había visto bien. Intentó mirar a través del parabrisas trasero pero no consiguió ver nada. Demasiado barro. Se dirigió hacia la puerta del conductor y, con el ceño fruncido, se detuvo un momento para mirar el vehículo en conjunto. ¿Era un Ford o un Chevrolet? Le resultaba imposible distinguirlo, lo que no dejaba de ser extraño, puesto que había tenido que asegurar miles de coches familiares por su trabajo.

¿Personalizado?, se preguntó. Bueno, tal vez... Pero ¿a quién se le ocurriría personalizar un coche familiar para obtener un resultado tan *anónimo*?

—¡Eh! ¿Hola? ¿Todo bien?

Mientras se acercaba a la puerta del conductor agarró el móvil con más fuerza de forma inconsciente. Sin darse cuenta, se puso a pensar en una película que le había aterrorizado de pequeño, sobre una casa encantada. Un grupo de adolescentes se acercaba a una casa abandonada y, al ver que la puerta estaba entreabierta, uno de ellos susurraba a sus amigos: «¡Mirad, está abierta!». Te entraban ganas de gritarles que no fueran, que no entraran, pero evidentemente acababan haciéndolo.

Menuda estupidez. Si hay alguien en ese coche, podría estar herido.

Por supuesto, el tipo podría haber ido hasta el restaurante, tal vez buscando una cabina de teléfonos, pero si *realmente* estaba herido...

—¿Hola?

Doug agarró la manecilla de la puerta, pero lo pensó mejor y decidió encorvarse

para mirar por la abertura. Lo que vio lo dejó absolutamente consternado. Los asientos estaban cubiertos de lodo, igual que el salpicadero y el volante. De los anticuados mandos de la radio del coche goteaba una mugre oscura y en el volante había las marcas de algo que no parecían exactamente unas manos. Por un lado, las huellas de las palmas eran increíblemente grandes; las marcas de los dedos, en cambio, eran delgadas como lápices.

—¿Hay alguien ahí? —Se cambió el móvil de mano para intentar abrir la puerta del conductor con la izquierda. Quería abrirla por completo para poder mirar en el asiento de atrás— ¿Hay alguien heri...?

Tardó un momento en captar el olor nauseabundo e inmediatamente en su mano izquierda estalló un dolor penetrante que pareció extenderse por todo su cuerpo a la vez que dejaba un rastro de fuego y llenaba todos los espacios vacíos con ese tormento. Doug no gritó; no pudo gritar. Ese impacto súbito le obstruyó la garganta. Bajó la mirada y vio que la manecilla de la puerta le había atravesado la palma de la mano.

Se había quedado sin dedos. Solo veía los muñones, justo por debajo de los últimos nudillos. El resto, de algún modo, se lo había tragado la puerta. Mientras Doug observaba, algo le despedazó el dedo anular, vio cómo se le rompía un tercer dedo. Su alianza cayó al suelo y se produjo un fuerte sonido metálico.

Notaba algo, Dios mío de mi alma, algo parecido a unos dientes. Masticaban. El coche se le estaba comiendo la mano.

Doug intentó retirar el brazo. La sangre que brotó de la mano fue a parar sobre la puerta llena de lodo y le salpicó los pantalones. Las gotas que manchaban la puerta desaparecieron inmediatamente con un débil sonido de succión: *slurp*. Le faltaba poco para soltarse del todo. Veía el brillo de los huesos de los dedos en las partes en las que le faltaba la carne y por un momento lo asaltó una imagen de pesadilla, la de masticar una alita de pollo del Kentucky Fried Chicken. *Apúrala bien*, solía decirle su madre, *la carne más sabrosa es la que está más cerca del hueso*.

Luego sintió que el coche tiraba de él una vez más. La puerta del conductor se abrió para darle la bienvenida: *hola, Doug, entra*. Su cabeza chocó con la parte superior de la puerta y notó un frío en la frente que enseguida se convirtió en calor cuando el ribete del techo del coche le rebanó la piel.

Hizo otro intento de soltarse y alejarse, dejó caer el móvil y empezó a empujar la ventana trasera. La ventana no opuso resistencia, sino que más bien cedió para luego envolverle la mano. Desvió la mirada y vio que lo que hasta entonces había parecido cristal ahora ondulaba como la superficie de un estanque cuando sopla la brisa. Y ¿por qué ondeaba de ese modo? Pues porque estaba masticando. Se lo estaba zampando vivo.

Esto me pasa por ser un buen samari...

Entonces fue cuando la parte superior de la puerta del conductor le cortó el cráneo y se introdujo suavemente en el cerebro que este contenía. Doug Clayton oyó un chasquido, muy claro, como cuando un nudo de madera de pino arde en la chimenea. Y luego la oscuridad se cernió sobre él.

Un transportista que conducía en sentido sur echó un vistazo y vio un pequeño coche de color verde aparcado con las luces de emergencia encendidas tras un coche familiar cubierto de barro. Un tipo, es de suponer que el del coche verde, parecía inclinado frente a la puerta, como si hablara con el conductor. *Una avería*, pensó el transportista antes de volver a centrar su atención en la carretera. Él no era un buen samaritano.

Doug Clayton se precipitó hacia el interior como si unas manos —con unas palmas enormes y unos dedos delgados como lápices— lo hubieran atrapado por la solapa de la camisa y hubieran tirado de él. El coche familiar perdió su forma y quedó fruncido hacia dentro, como una boca cuando prueba algo excepcionalmente ácido... o excepcionalmente dulce. Del interior se oyeron una serie de sonidos traslapados, una especie de crujidos: era un ruido parecido al que haría un hombre caminando sobre ramas secas con unas botas pesadas. El coche permaneció arrugado unos diez segundos aproximadamente, parecía más bien un puño cerrado deformé que un coche. Y luego, *¡poc!* Con un sonido parecido al de una pelota de tenis cuando la golpea con fuerza una raqueta, recuperó la forma de un coche familiar.

El sol se asomó un instante a través de las nubes, se reflejó en el teléfono móvil que había quedado en el suelo y describió un breve círculo de luz cálida sobre la alianza de Doug antes de volver a sumergirse en el manto de nubes.

Detrás del coche familiar, el Prius seguía con las luces de emergencia encendidas. Emitían un leve sonido parecido al de un mecanismo de relojería: *Tic... tic... tic.*

Pasaron de largo unos cuantos coches, aunque no muchos. La semana previa y la posterior a la Pascua de Resurrección son las más tranquilas del país en lo que atañe al tráfico en autopistas. Además, la tarde es la segunda franja horaria más calmada del día, solo las horas entre la medianoche y las cinco de la madrugada son aún más tranquilas.

Tic... tic... tic.

En el restaurante abandonado, Pete Simmons seguía durmiendo.

3. Julianne Vernon (Dodge Ram del 2005)

Julie Vernon no necesitaba que el rey Jacobo le enseñara a ser una buena samaritana. Se había criado en la pequeña población de Readfield, Maine, de unos dos mil cuatrocientos habitantes, uno de esos lugares en los que todo el mundo se conoce y donde incluso a los forasteros se los trata con familiaridad. Nadie se lo había contado con tantas palabras, simplemente lo había aprendido de su madre, su padre y de sus hermanos mayores. No es que ellos tuvieran gran cosa que contar acerca de esos asuntos, pero la enseñanza basada en el ejemplo es siempre la más poderosa. Si veías a un tipo tendido junto a la carretera, poco importaba si era un samaritano o un marciano. Te detenías y lo ayudabas.

Tampoco le había preocupado demasiado la posibilidad de que pudiera atracarla, violarla o asesinarla alguien que pudiera estar fingiendo que necesitaba ayuda. Julie era ese tipo de mujeres que todo el mundo suponía que sería una buena esposa porque —como dirían los viejos norteños de Maine, de los que aún quedan algunos— era de ese tipo de mujeres que «te dan calor en invierno y sombra en verano». Cuando estaba en quinto curso y la enfermera de la escuela le preguntó cuánto pesaba, Julie había respondido con orgullo:

—Mi padre dice que debo rondar los setenta y siete kilos. Algo menos una vez despellejada.

Ahora, con treinta y cinco años, debía de rondar los ciento treinta kilos y no le interesaba para nada la posibilidad de convertirse en una buena esposa. Era lesbiana hasta la médula y estaba orgullosa de serlo. Llevaba dos adhesivos en la parte trasera de su ranchera Dodge Ram. En uno ponía POR LA IGUALDAD DE GÉNERO. En el otro, grande y rosa, se podía leer que ¡GAY ES UNA PALABRA FELIZ!

Los adhesivos no se veían porque transportaba lo que ella solía llamar «el remolque de la jaca». Se había comprado una yegua española de dos años en la población de Clinton y en ese momento volvía a Readfield, donde vivía en una granja con su compañera, a solo tres kilómetros de la casa donde se había criado.

Pensaba, como solía hacer a menudo, en los cinco años que había estado de gira con Las Centellas, un equipo femenino de lucha libre sobre barro. Esos años habían sido malos y buenos por igual. Habían sido malos porque el espectáculo de Las Centellas generalmente se consideraba un entretenimiento estrambótico (lo que no dejaba de ser cierto). Y buenos, porque le habían permitido ver mucho mundo. Si bien era cierto que habían viajado principalmente por América, Las Centellas se fueron una vez de gira durante tres meses por Inglaterra, Francia y Alemania, donde las habían tratado con una amabilidad y un respeto que habían rozado lo insólito. En otras palabras, como a señoritas.

Todavía tenía el pasaporte, lo había renovado el año anterior, aunque había

asumido que no tendría la ocasión de volver a viajar al extranjero. En general, se conformaba con esa situación. En general, era feliz en la granja, con Amelia y el ganado variopinto que tenían, pero a veces echaba de menos los tiempos en que se marchaba de gira: los ligues de una noche, los combates bajo los focos, la ruda camaradería de las otras chicas. A veces incluso echaba de menos los enfrentamientos con el público.

—*Agárrala por el coño, que es bollera y le gusta!* —le había gritado una noche un palurdo, borracho como una cuba. Había sido en Tulsa, si no recordaba mal.

Tanto ella como Melissa, la chica con la que había estado forcejeando hasta aquel momento en el cuadrilátero lleno de barro, se habían mirado, habían asentido con la cabeza y se habían quedado de pie mirando al sector de público de donde había salido el grito. Estaban allí plantadas, con sus bikinis minúsculos, mientras del pelo y de los pechos les caían gotas de barro líquido. Las dos habían acabado dedicándole al follonero en cuestión sendos cortes de mangas al unísono. El público estalló en un aplauso espontáneo que acabaría en ovación después de que, primero Julianne y luego Melissa, se volvieran de espaldas y le dedicaran un calvo a esegilipollas.

Desde pequeña había aprendido que debías preocuparte por el que se caía y no podía levantarse. También había aprendido que no hay que tragar mierda por nada, ni por los amigos que tengas, la talla que gastes, el curro al que te dediques o tus preferencias sexuales. Si empezabas a comer mierda, acababa convirtiéndose en tu dieta habitual.

El CD que estaba escuchando llegó al final y ya estaba a punto de pulsar el botón EJECT cuando vio un coche más adelante, aparcado en la rampa que llevaba al Área 81 abandonada. Tenía las luces de emergencia encendidas. Había otro coche delante, un familiar hecho una mierda y lleno de barro. Probablemente un Ford o un Chevrolet, aunque resultaba difícil distinguirlo.

Julie no tomó ninguna decisión, básicamente porque no se planteó otras opciones. Puso el intermitente, vio que no había sitio para ella en la rampa de acceso, no con el remolque, y se detuvo en el arcén justo después de la salida, con cuidado para que las ruedas no quedaran atascadas en el suelo de tierra. No quería volcar el remolque en el que llevaba un caballo que acababa de costarle mil ochocientos dólares.

Seguramente no sería grave, pero no costaba nada echar un vistazo. Nunca se sabe si a una embarazada le dará por parir de repente en medio de la autopista interestatal, o si un tipo que se haya parado a ayudar se habrá desmayado al verla. Julie puso las luces de emergencia, aunque sabía que tampoco se verían mucho por culpa del remolque.

Salió de la ranchera, miró en dirección a los dos coches pero no divisó ni un alma. Tal vez alguien ya había recogido a los conductores, pero le pareció más probable que hubieran subido al restaurante. De todos modos, Julie dudó que hubieran encontrado

gran cosa. Lo habían clausurado el mes de septiembre anterior. Ella misma solía parar en el Área 81 para comprarse un helado, aunque ahora tenía que hacerlo casi treinta kilómetros más al norte, en el restaurante Damon's de Augusta.

Pasó por detrás del remolque y su nueva yegua, Didí, sacó el hocico por la ventanilla. Julie se lo acarició.

—So, chica, sooo. Solo será un minuto.

Abrió las puertas para poder acceder a un compartimento que había en el lateral del remolque. Didí decidió que era un buen momento para salir del vehículo, pero Julie la detuvo con uno de sus fornidos hombros e intentó tranquilizarla una vez más.

—So, chica, sooo.

Descorrió el pestillo del compartimento. Dentro, encima de todas las herramientas, llevaba unas cuantas balizas de señalización y dos pequeños conos de tráfico de color rosa fluorescente. Julie agarró los conos por la abertura superior (las balizas no eran necesarias porque la tarde empezaba a despejarse). Cerró el compartimento y lo bloqueó de nuevo con el pestillo, no quería que Didí pudiera meter uno de los cascos dentro y se hiciera daño. Luego cerró los portones traseros. Didí volvió a sacar el hocico. Julie no acababa de creer que un caballo pudiera mostrarse preocupado por algo, pero sin duda Didí estaba expresando algo parecido.

—No tardaré mucho —dijo. A continuación colocó los conos detrás del remolque y se acercó a los dos coches.

El Prius estaba vacío, pero las puertas no estaban cerradas con llave. Julie no le dio mucha importancia, puesto que había una maleta y un maletín que parecía bastante caro en el asiento de atrás. La puerta del conductor del viejo coche familiar estaba abierta. Julie se dirigió hacia ella, pero se detuvo de repente con el ceño fruncido. Sobre el asfalto, junto a la puerta entreabierta, había un teléfono móvil y algo que, si no era una alianza, se le parecía mucho. El móvil tenía la carcasa agrietada, como si se hubiera caído y se hubiera roto a causa del impacto. Y en la pantalla en la que aparecían los números había... ¿una gota de sangre?

Probablemente no, probablemente no era más que barro. Al fin y al cabo, el coche familiar estaba absolutamente cubierto de lodo, pero a Julie aquello cada vez le daba más mala espina. Había estado galopando con Didí antes de cargarla en el remolque, y no se había cambiado de ropa, por lo que aún llevaba puesta la falda de montar. Sacó su teléfono móvil del bolsillo derecho y se planteó marcar el número de emergencias.

No, decidió que aún no era necesario. Pero si el coche familiar lleno de barro estaba igual de vacío que el pequeño coche verde que tenía detrás, o si la gota que manchaba el teléfono era realmente de sangre, llamaría. Y se quedaría a esperar a que llegara el coche patrulla de la policía estatal en lugar de acercarse a ese edificio abandonado. Era valiente y tenía buen corazón, pero no era imbécil.

Se agachó para examinar el anillo y el teléfono del suelo. El leve vuelo de su falda de montar rozó el flanco embarrado del coche familiar y pareció fundirse en él. Julie sintió un fuerte tirón hacia la derecha. Una de sus robustas nalgas golpeó el lateral del familiar. La superficie cedió en contacto con ella y luego envolvió dos capas de ropa y la carne que estas cubrían. El dolor fue inmediato y sobrecogedor. Julie gritó, dejó caer el teléfono e intentó zafarse a empujones, pero el coche la tenía agarrada casi como si se tratara de una de sus antiguas contrincantes de lucha libre sobre barro. La mano y el antebrazo derechos desaparecieron bajo esa membrana dúctil con aspecto de ventana. Lo que apenas consiguió vislumbrar al otro lado, a través de la película de lodo, no era el fornido brazo de una robusta amazona, sino simplemente los huesos pelados con jirones de carne colgando alrededor.

El coche familiar empezó a arrugarse.

Pasó un coche en sentido sur. Luego otro. Por culpa del remolque, no pudieron ver a la mujer que ya tenía medio cuerpo dentro del coche familiar deformado. Tampoco oyeron sus gritos. Uno de los conductores estaba escuchando a Toby Keith y el otro, a Led Zeppelin. Cada cual con su música, a todo volumen. Desde el restaurante, Pete Simmons la oyó, pero solo a lo lejos, como un eco apagado. Parpadeó y los gritos cesaron.

Pete se dio la vuelta sobre el colchón roñoso y volvió a dormirse.

Aquello que parecía un coche se había comido a Julianne Vernon, con ropa, botas y todo. Lo único que dejó fue su teléfono, que quedó junto al de Doug Clayton. Luego el coche familiar recuperó su forma con ese mismo sonido de pelota de tenis golpeada por una raqueta.

Desde el remolque, Didí mostraba su impaciencia y soltaba alguna que otra coz. Tenía hambre.

4. La familia Lussier (Ford Expedition del 2011)

—¡Mira, mamá! ¡Mira, papá! —gritó Rachel Lussier, de seis años—. ¡Es la señora del caballo! ¿Veis el remolque? ¿Lo veis?

A Carla no le sorprendió que Rachel fuera la primera en ver el remolque, a pesar de que iba sentada en el asiento de atrás. Rachel era, de lejos, la que tenía mejor vista de la familia. Su padre solía decir que tenía visión de rayos X. Era una de esas bromas que no acababa de ser una broma del todo.

Tanto Johnny como Carla y Blake, este último de solo cuatro años, llevaban gafas. Todos sus familiares, por ambos lados del árbol genealógico, llevaban gafas. Incluso Bingo, el perro, probablemente las necesitaba. Bingo era capaz de estamparse contra la mosquitera cuando quería salir al jardín. Solo Rachel había escapado a la maldición de la miopía. La última vez que la llevaron al oftalmólogo, había conseguido leer toda la condenada tabla de letras, de arriba abajo. El doctor Stratton se había quedado de piedra.

—Seguramente pasaría las pruebas para piloto de cazas de combate —les había dicho a Johnny y Carla.

—Tal vez un día se presente —había dicho Johnny—. Sin duda tiene instinto asesino, al menos en lo que respecta a su hermano pequeño.

Carla le había hincado el codo en las costillas por haber dicho eso, pero en realidad sabía que era cierto. Había oído que había menos rivalidad entre los hermanos de diferentes sexos. En cualquier caso, si eso era cierto, Rachel y Blake eran la excepción que confirmaba la regla. A veces, Carla pensaba que las dos palabras que más oía eran *ha empezado*. Tan solo el género del pronombre que seguía era distinto según el caso.

Los dos se habían portado bastante bien durante los primeros ciento cincuenta kilómetros, en parte porque visitar a los padres de Johnny siempre los ponía de buen humor y, sobre todo, porque Carla se había ocupado de llenar la tierra de nadie que quedaba entre el elevador de Rachel y la sillita de Blake con juguetes y libros para colorear. Sin embargo, después de haberse detenido para ir al baño y comer algo en Augusta, las riñas habían vuelto a empezar. Probablemente por culpa de los helados. Darles azúcar a los niños durante un viaje largo en coche era como rociar una hoguera con gasolina, y Carla lo sabía, pero tampoco podías negárselo *todo*.

Llevada por la desesperación, Carla había empezado un juego de Plastic Fantastic en el que ella hacía de jueza y concedía los puntos por los gnomos de jardín, los pozos de los deseos, las estatuas de la Virgen María, etc. El problema era la autopista, donde había muchos árboles, pero pocos rótulos y muy rutinarios. Su hija de seis años, con vista de lince, y su hijo de cuatro, de lengua viperina, estaban empezando a reiniciar viejas rencillas cuando Rachel vio el remolque para caballos aparcado junto

al acceso a la antigua zona de servicios del Área 81.

—¡Quiero acariciar al caballito otra vez! —exclamó Blake, y empezó a revolverse sobre su asiento como el bailarín de break-dance más pequeño del mundo. Ya tenía las piernas lo suficientemente largas como para golpear desde atrás el asiento del conductor, algo que Johnny consideraba *très* molesto.

Que alguien vuelva a preguntarme por qué quise tener niños, pensó. Que alguien me recuerde en qué demonios estaba pensando cuando lo decidí. Sé que en aquel momento tenía sentido.

—Blakie, no le pegues patadas al asiento de papá —dijo Johnny.

—¡Quiero acariciar el cabaaa...llooo! —chilló Blake, y le propinó otra patada a la parte posterior del asiento del conductor, una especialmente fuerte.

—Eres un encanto —le dijo Rachel, a salvo de las patadas de su hermano al otro lado de la zona desmilitarizada del asiento trasero. Le habló con el tono de hermana mayor más indulgente del que fue capaz, aquel que invariablemente conseguía enfurecer a Blakie.

—¡NO ME LLAMES ENCANTO!

—Blakie —empezó a decir Johnny—, si no paras de golpear el asiento de papá, papá tendrá que sacar su cuchillo de carnicero y amputarle los piececitos a Blackie a la altura de los tobi...

—Ha sufrido una avería —dijo Carla—. ¿Ves los conos de señalización? Para y vamos a ver.

—Cariño, tendría que parar en el arcén. No es que sea muy buena idea.

—No, pero puedes volver atrás y aparcar junto a esos dos coches. En la rampa de acceso. Hay espacio para el coche y no pasa nada si bloqueas el paso, porque el área está cerrada.

—Pero me gustaría llegar a Falmouth antes de...

—Te he dicho que pares —Carla utilizó ese tono DEFCON-1, de alerta máxima, que no admitía réplicas, a pesar de que sabía que no era una buena idea. ¿Cuántas veces había oído últimamente a Rachel dirigiéndose a Blake en ese mismo tono, insistiendo hasta que el pequeño acababa llorando?

Carla cambió la voz de exijo-obediencia-ciega por un tono más calmado.

—Esa mujer ha sido muy amable con los chicos.

Se habían detenido junto al remolque del caballo para comprar unos helados en el Damon's. La mujer del caballo (casi tan grande como el animal, por cierto) estaba apoyada en el remolque, tomándose también un helado mientras le daba algo de comer a aquel precioso animal. A Carla le pareció que le daba una barrita de cereales Kashi.

Johnny había agarrado a los niños de la mano y había intentado que olvidaran la presencia del remolque, pero Blake no estaba dispuesto a pasar de largo sin más.

—¿Puedo acariciar a su caballo? —le había preguntado a la señora.

—Serán veinticinco centavos —le había respondido aquella mujer enorme, vestida con una falda de montar marrón. La mujer había sonreído enseguida al ver la expresión alicaída del chiquillo—. No, hombre, no. Es broma. Toma, sujetame esto —le había dicho mientras le pasaba el helado medio derretido a Blake, que se quedó tan sorprendido que no pudo negarse. Luego lo había levantado del suelo para que pudiera acariciarle el hocico a la yegua. Didí miró con parsimonia a aquel chaval de ojos grandes, olisqueó el helado de la mujer, decidió que no era lo que quería y se dejó acariciar el hocico.

—¡Uau, qué suave! —había dicho Blake. Carla nunca había oído un entusiasmo tan genuino en la voz de su hijo. *¿Por qué aún no hemos llevado a los niños a un zoo infantil?* se había preguntado, e inmediatamente lo había apuntado en su lista mental de cosas pendientes.

—¡Yo, yo, yo! —reclamó Rachel mientras danzaba con impaciencia alrededor de la mujer.

La señora dejó a Blake otra vez en el suelo.

—Puedes lamer el helado mientras levanto a tu hermana —le había dicho—, pero no me dejes microbios pegados, ¿de acuerdo?

A Carla le había pasado por la cabeza decirle a Blake que no estaba bien comer algo que ya hubiera probado otra persona, especialmente si se trataba de un desconocido. Pero entonces vio la sonrisa desconcertada de Johnny y pensó ¡qué demonios! Al fin y al cabo mandas a tus hijos a la escuela, que no es más que una fábrica de gérmenes. Recorres con ellos cientos de kilómetros por autopistas en las que cualquier maníaco borracho o un adolescente que conduce tecleando el móvil podrían cruzar la mediana y provocar un choque frontal. ¿Y luego les prohíbes lamer el helado de otro? Tal vez exageraba un poco con esa mentalidad de sillita de coche y casco para la bici.

La mujer del caballo había levantado también a Rachel para que pudiera acariciarle el hocico al caballo.

—¡Uau! ¡Qué guapo! —había dicho Rachel—. ¿Cómo se llama?

—Didí.

—¡Es un nombre genial! ¡Te quiero, Didí!

—Yo también te quiero, Didí —había dicho la señora del caballo antes de plantarle un beso en el hocico. Eso los había hecho reír a todos.

—Mamá, ¿podemos tener un caballo?

—¡Sí, claro! —había respondido Carla con entusiasmo—. ¡Cuando cumplas los veintiséis!

Al oír eso, Rachel había mostrado su cara de rabieta (el ceño fruncido, las mejillas hinchadas, los labios reducidos a un punto), pero al ver que la mujer del

caballo se reía, había cedido y se había reído también.

La enorme señora se había agachado frente a Blakie, con las manos en las rodillas cubiertas por la falda de montar.

—¿Me puedes devolver el helado, coleguita?

Blake se lo ofreció. Cuando la señora lo cogió, Blake se lamió los dedos, completamente pringados de restos de helado de pistacho.

—Gracias —le había dicho Carla a la mujer del caballo—. Ha sido usted muy amable—. A continuación, y dirigiéndose a Blake, había añadido: —Vamos adentro. Primero te limpias y luego podrás tomar un helado.

—Yo quiero uno como el de ella —había dicho Blake, y el comentario arrancó otra carcajada a la mujer del caballo.

Johnny había insistido en que se comieran los helados antes de subir al coche, porque no quería que le decoraran el Ford Expedition con helado de pistacho. Cuando hubieron terminado, la señora del caballo ya se había marchado.

Simplemente había sido una de esas personas —a veces, antipáticas; habitualmente, amables; en ocasiones, incluso estupendas— con las que te encuentras durante un viaje y a las que no esperas volver a ver.

Pero allí estaba ella, o al menos su ranchera, aparcada en el arcén con los conos de señalización perfectamente colocados tras el remolque. Y Carla tenía razón, la señora del caballo *había* sido amable con los chicos. Fue por eso que, finalmente, Johnny Lussier tomó la peor decisión de su vida.

Puso el intermitente, detuvo el coche en la rampa como Carla le había sugerido y aparcó justo delante del Prius de Doug Clayton, que seguía con las luces de emergencia encendidas, y junto al coche familiar cubierto de barro. Puso la palanca de cambios en la posición de estacionamiento pero dejó el motor en marcha.

—Quiero acariciar al caballito —dijo Blake.

—Yo también quiero acariciar al caballito —dijo Rachel con un tono de voz altanero y señorial que a saber de dónde había sacado. A Carla este tono la ponía furiosa, pero pensó que sería mejor no decir nada. Si replicaba, Rachel seguiría hablando así mucho más tiempo.

—No sin el permiso de la señora —dijo Johnny—. Niños, quedaos aquí sentados. Y tú también, Carla.

—Sí, *mi señor* —respondió Carla con esa voz de zombi que siempre hacía reír a los chicos.

—Qué risa, tía Felisa...

—La cabina de su ranchera está vacía —dijo Carla—. De hecho, *todos* los coches parecen vacíos. ¿Crees que habrá habido un accidente?

—No lo sé, pero no parece que haya desperfectos. Espera un minuto.

Johnny Lussier salió del coche, rodeó el Expedition que jamás terminaría de

pagar y se acercó a la cabina de la ranchera. Carla no había visto a la mujer del caballo, pero quería asegurarse de que no estaba tendida en el asiento, tal vez luchando por sobrevivir a un ataque al corazón. (Johnny había sido corredor toda su vida y estaba secretamente convencido de que un ataque al corazón aguardaba a todo aquel que superara los cuarenta y cinco años y pesara tres kilos más de lo que se recomendaba en Medicine.net.)

No estaba tendida en el asiento (*por supuesto que no, Carla hubiera visto a una mujer tan gorda incluso si hubiera estado tumbada*) y tampoco se hallaba en el remolque, en el que solo había el caballo, que sacó la cabeza y le olisqueó la cara a Johnny.

—Hola... —Durante unos instantes no le vino a la cabeza el nombre, pero enseguida lo recordó— ... Didí. ¿Cómo va eso?

Le dio unas palmaditas en el hocico y luego volvió a subir por la rampa para ver qué les había sucedido a los otros vehículos. Vio que, efectivamente, *había* ocurrido algún tipo de accidente, aunque parecía insignificante. El coche familiar había chocado contra los toneles naranjas que cerraban el paso por la rampa.

Carla bajó la ventanilla, algo que los niños no podían hacer porque las tenían bloqueadas.

—¿No la ves?

—No.

—¿No ves a *nadie* por ahí?

—Carla, deja al menos que... —De repente vio los dos teléfonos móviles y la alianza junto a la puerta semiabierta del coche familiar.

—¿Qué? —Carla estiró el cuello para ver mejor.

—Un segundo —Le pasó por la cabeza decirle que cerrara las puertas por dentro, pero luego pensó que no hacía falta. Estaban en la I-95 a plena luz del día, por el amor de Dios. Los coches pasaban cada veinte o treinta segundos, a veces dos o tres seguidos.

Se agachó y recogió los teléfonos, uno con cada mano, y se volvió hacia Carla, por lo que no pudo ver cómo la puerta del coche se abría de par en par, como una boca.

—Carla, creo que en este hay sangre —dijo mientras sostenía en el aire el móvil roto de Doug Clayton.

—¿Mamá? —preguntó Rachel—. ¿Quién está dentro de ese coche tan sucio? La puerta se está abriendo.

—Vuelve —dijo Carla. La boca se le secó de repente. Quiso gritar, pero sintió como si una piedra atascada en el pecho, invisible pero muy grande, se lo impidiera—. ¡Hay alguien en ese coche!

En lugar de regresar, Johnny se dio la vuelta y se inclinó hacia delante para mirar

dentro del coche. En ese mismo momento, la puerta se cerró y le atrapó la cabeza. Se oyó un ruido sordo, terrorífico. La piedra que le había impedido gritar a Carla desapareció de repente. Finalmente consiguió tomar aire y aullar el nombre de su marido.

—*¿Qué le pasa a papá?* —chilló Rachel. Su voz sonó aguda y estridente, como la de un clarinete desgarrado—. *¿Qué le pasa a papá?*

—*Papá!* —gritó Blake, que había estado haciendo inventario de sus nuevos Transformers y de repente había alzado la cabeza para buscar desesperadamente a su padre.

Carla no pensó. El cuerpo de su marido estaba allí, pero su cabeza estaba en el interior del sucio coche familiar. Pero seguía vivo, pues agitaba energicamente los brazos y las piernas. Carla estaba ya fuera del Expedition y ni siquiera recordaba haber abierto la puerta. Su cuerpo parecía actuar de forma autónoma, mientras que el cerebro, aturdido, se limitaba a seguirlo.

—*Mamá, no!* —chilló Rachel.

—*Mamá, NO!* —Blake no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero sabía que era algo malo. Empezó a llorar y a forcejear con la telaraña de correas de la sillita del coche.

Carla agarró a Johnny por la cintura y tiró de él con la fuerza extraordinaria que te confiere la adrenalina. La puerta del coche familiar se abrió parcialmente y la sangre brotó sobre sus pies como una pequeña catarata. Por un horrible instante, Carla vio la cabeza de su marido en el asiento embarrado del coche familiar antes de poder desviar la mirada. A pesar de que Johnny seguía temblando entre sus brazos, se dio cuenta (en uno de esos momentos de lucidez extrema que pueden sobrevenirnos durante una tormenta perfecta de pánico) de que ese era el aspecto de las víctimas de la horca cuando los recogían, una vez muertos. Porque se les rompía el cuello. En ese breve y virulento instante, apenas lo que dura un parpadeo, pensó que su marido parecía estúpido, sorprendido y feo, que lo más esencial de Johnny estaba fuera de él, y supo que ya estaba muerto, siguiera temblando o no. Tenía el aspecto de un chico que se había lanzado de cabeza y que en lugar de dar en el agua hubiera chocado contra las rocas. El aspecto de una mujer tras quedar empalada por el volante de su propio coche después de chocar con el contrafuerte de un puente. Tu propio aspecto, desfigurado, cuando te sobreviene la muerte.

La puerta del coche se cerró de forma brutal. Carla seguía abrazada a la cintura de su marido y, al notar un fuerte tirón hacia adelante, tuvo otro momento fugaz de lucidez.

¡Es el coche, tienes que alejarte del coche!

Soltó el cuerpo demediado de Johnny solo un instante demasiado tarde. Un mechón de su pelo entró en contacto con la puerta y se fundió en esta. Su cabeza

golpeó el coche antes de poder liberarse. De repente, notó un ardor terrible en la parte superior de la cabeza mientras aquella cosa le engullía el cuero cabelludo.

¡Corre! —intentó gritarle a su hija, a menudo problemática pero indudablemente lista. *¡Corre y llévate a Blakie!*

Pero antes de que pudiera siquiera empezar a articular sus pensamientos, ya no tenía boca.

Solo Rachel vio cómo el coche familiar cerraba la puerta de golpe sobre la cabeza de su padre como una planta carnívora sobre un insecto, pero los dos hermanos presenciaron cómo su madre desaparecía por la puerta embarrada como lo haría tras una cortina. Vieron cómo se le caía uno de los mocasines, vislumbraron las uñas rosas de los dedos de los pies, y luego desapareció. Un momento después, el coche blanco perdió su forma y se cerró sobre sí mismo, como un puño. A través de la ventana que su madre había dejado abierta, oyeron unos crujidos.

—*¿Qu... qué ha sido eso?* —gritó Blakie. Las lágrimas inundaban sus ojos y tenía el labio inferior lleno de mocos—. *¿Qu... qué ha sido eso, Rachie, qué, qué ha sido eso?*

Sus huesos, pensó Rachel. Solo tenía seis años y no le dejaban ver películas no aptas para menores de trece —ya no hablemos de las destinadas a mayores de dieciocho—, ni en el cine ni en la tele, pero sabía perfectamente que ese ruido lo hacían los huesos al romperse.

El coche ya no era un coche. Era una especie de monstruo.

—*¿Dónde están mami y papi?* —preguntó Blakie mientras buscaba a su hermana con sus grandes ojos, ahora aún más grandes a causa de las lágrimas—. *¿Dónde están mamá y papá, Rachie?*

Suena como si tuviera dos años de nuevo, pensó Rachel, y tal vez por primera vez en su vida sintió algo por su hermano menor que no era irritación (o como cuando le hacía perder los nervios, odio absoluto). No creyó que ese nuevo sentimiento fuera amor. Pensó que se trataba de algo incluso más profundo. Finalmente su madre no había podido decir nada; de haber tenido tiempo de hacerlo, Rachel sabía lo que habría dicho: *cuida de Blakie*.

El niño se revolvía en su sillita. Sabía desatarse, pero el pánico había hecho que lo olvidara.

Rachel se desabrochó su cinturón, se deslizó del alzador e intentó ayudar a su hermano. Blake agitaba las manos frenéticamente y, sin querer, acabó propinándole un sonoro bofetón a su hermana. En circunstancias normales, eso le habría costado a Blakie, por lo menos, un buen golpe en el hombro (y Rachel habría acabado encerrada un buen rato en su habitación, mirando fijamente la pared, hecha una verdadera furia), pero en ese momento se limitó a agarrarle la mano para intentar contenerlo.

—¡Basta! ¡Deja que te ayude! ¡No podré soltarte si no dejas de hacer eso!

Blake dejó de revolverse, pero no de llorar.

—¿Dónde está papá? ¿Y mamá? ¡Quiero a mi mami!

Y yo también, imbécil, pensó Rachel mientras desabrochaba a su hermano.

—Ahora vamos a salir y vamos a...

—¿Qué? —¿Qué iban a hacer? —Ir al restaurante? Estaba cerrado, por eso habían puesto allí esos toneles de color naranja. Por eso habían quitado los surtidores de gasolina y la hierba había crecido en el aparcamiento vacío.

—Nos vamos de aquí —concluyó ella.

Salió del coche y fue corriendo hasta el lado de Blakie. Abrió la puerta, pero su hermano no hizo más que mirarla con los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo salir, Rachie, me caeré.

No seas tan miedica, estuvo a punto de decirle ella, aunque al final se contuvo. No era el momento adecuado, ya estaba lo suficientemente disgustado. Rachel le tendió los brazos.

—Déjate caer. Yo te agarraré.

Él la miró sin mucha convicción y acabó por hacerle caso. Rachel lo agarró, pero su hermano pesaba más de lo que parecía y los dos cayeron despatarrados al suelo. Ella se llevó la peor parte, puesto que quedó debajo, Blakie se dio un golpe en la cabeza y se arañó una mano, y empezó a berrear muy fuerte, esta vez a causa del dolor y no del miedo.

—Basta ya —dijo ella mientras se escabullía de debajo de su hermano—. Haz el favor de comportarte como un hombre, Blakie.

—¿Eh?

Ella no respondió. Se quedó mirando los dos teléfonos que estaban en el suelo, junto a aquel terrorífico coche familiar. Uno de ellos parecía roto, pero el otro...

Rachel se acercó al teléfono a gatas, sin apartar ni un momento la mirada del coche en el que su padre y su madre habían desaparecido súbitamente de un modo terrible. Cuando estaba a punto de alcanzar el teléfono bueno, Blakie pasó de largo en dirección al coche familiar extendiendo la mano arañada.

—¿Mamá? ¿Mami? ¡Sal de ahí! Me he hecho daño. Sal y dame un beso en la herida para que se me cu...

—*No te muevas de donde estás, Blake Lussier.*

Carla se habría sentido orgullosa de su hija. Era su voz de exijo-obediencia-ciega llevada al extremo. Y funcionó. Blake se detuvo a más de un metro del lateral del coche familiar.

—¡Pero quiero a mamá! ¡Quiero a mamá, Rachie!

Ella le agarró la mano y lo apartó del coche.

—Ahora no. Ahora tienes que ayudarme —Rachel sabía perfectamente cómo

manejar el teléfono, pero tenía que distraerlo de algún modo.

—¡Dámelo, yo sé hacerlo! ¡Dámelo, Rachel!

Rachel se lo tendió, y mientras Blakie examinaba los botones, ella se levantó, tiró de la camiseta de Lobezno que llevaba su hermano y lo obligó a retroceder tres pasos. Blake apenas se dio cuenta. Encontró el botón de encendido del teléfono móvil de Julie Vernon y lo pulsó. El móvil emitió un pitido. Rachel se lo quitó, y por una vez en su corta vida de niño, Blakie no protestó.

Ella había escuchado con mucha atención cuando McGruff, el perro detective, había ido a hablarles a la escuela de temas de seguridad (a pesar de que sabía perfectamente que no era más que un tipo disfrazado), por lo que no dudó ni un momento. Marcó el 911, el número de emergencias, y se llevó el teléfono al oído. Sonó una vez y luego lo cogieron.

—¿Hola? Me llamo Rachel Ann Lussier, y...

—Esta llamada está siendo grabada —la interrumpió una voz de hombre—. Si desea informar acerca de una emergencia, pulse uno. Si desea informar acerca del mal estado de las carreteras, pulse dos. Si desea informar acerca de una avería en carretera...

—¿Rachel? ¿Rachie? ¿Dónde está mamá? ¿Y pa...?

—¡Chis! —lo reprendió Rachel con severidad antes de pulsar el 1. Le costó mucho hacerlo. La mano le temblaba y veía borroso. Se dio cuenta de que estaba llorando. ¿Cuándo había empezado a llorar? No se acordaba.

—Hola, está hablando con el 911 —dijo una mujer.

—¿Es usted real o es otra grabación? —preguntó Rachel.

—Soy real —dijo la mujer, a la que parecía haberle hecho gracia la pregunta—. ¿Quiere informar de una emergencia?

—Sí. Un coche malo se ha comido a nuestra madre y a nuestro padre. Está en la...

—Será mejor que lo dejes —le recomendó la mujer del 911. Su voz sonaba aún más divertida—. ¿Cuántos años tienes, niña?

—Seis y medio. Me llamo Rachel Ann Lussier y un coche, un coche malo...

—Óyeme bien, Rachel Ann o como sea que te llames, puedo rastrear esta llamada. ¿Lo sabías? Apuesto a que no. Ahora cuelga y así no tendré que mandar a un policía a tu casa para que te dé unos buenos azo...

—¡Están muertos, imbécil! —gritó Rachel y, nada más oírla, Blakie empezó a llorar de nuevo.

La mujer del 911 no dijo nada por unos instantes. Luego, Rachel volvió a escuchar su voz, que ya no sonaba tan divertida.

—¿Dónde estás, Rachel Ann?

—¡En el restaurante vacío! ¡El de los toneles naranjas!

Blakie se sentó cubriendose el rostro con los brazos. Eso le provocó a Rachel un dolor que hasta entonces no había sentido jamás. Le dolió en lo más profundo del corazón.

—La información que me das no es suficiente —dijo la señora del 911—. ¿Puedes ser un poco más específica, Rachel Ann?

Rachel no sabía lo que significaba *específica*, pero sabía lo que veía: el neumático trasero del coche familiar, el que tenían más cerca, se estaba fundiendo un poco. Un tentáculo de algo que parecía goma líquida se movía lentamente por el asfalto en dirección a Blakie.

—Debo irme —dijo Rachel—. Tenemos que alejarnos del coche malo.

Puso a Blake de pie sin perder de vista el neumático fundido. El tentáculo de goma empezó a retroceder tal como había salido (*porque sabe que estamos fuera de su alcance, pensó ella*) y el neumático recuperó su forma original, pero para Rachel eso no era suficiente. Siguió arrastrando a Blake rampa abajo, en dirección a la autopista.

—¿Adónde vamos, Rachie?

No lo sé.

—Lejos de ese coche.

—¡Quiero mis Transformers!

—Ahora no, más tarde. —Agarraba a Blake con fuerza mientras seguía retrocediendo rampa abajo hacia la autopista, donde el tráfico ocasional pasaba a ciento veinte, ciento treinta kilómetros por hora.

No hay nada tan penetrante como el grito de un niño. Es uno de los mecanismos de supervivencia más eficaces de la naturaleza. Pete Simmons ya no dormía tan profundamente, y cuando Rachel le gritó a la mujer del 911, la oyó y se despertó del todo.

Se incorporó hasta quedar sentado, hizo una mueca de dolor y se llevó una mano a la cabeza. Le dolía, y sabía a qué se debía ese dolor: era la temida RESACA. Tenía la lengua seca y el estómago revuelto. No revuelto como para ponerse a vomitar, pero revuelto de todos modos.

Gracias a Dios que no he bebido más, pensó, y se puso de pie. Se acercó a una de las ventanas cubiertas de alambre para ver de dónde venían los gritos. No le gustó lo que vio. Algunos de los toneles naranjas que bloqueaban la rampa de entrada al área de servicio estaban derribados y había *coches* ahí abajo. Unos cuantos.

Entonces vio a un par de niños... una niña con unos pantalones de color rosa y un niño en pantalones cortos y camiseta de manga corta. Tan solo los vio un momento, justo para darse cuenta de que estaban retrocediendo, como si algo los asustara, y luego desaparecieron tras lo que a Pete le pareció un remolque para caballos.

Algo iba mal. Debía de haber ocurrido un accidente o algo, aunque ahí abajo nada

parecía un accidente. Su primer impulso fue salir de allí a toda prisa, antes de verse implicado en lo que hubiera pasado, fuera lo que fuera. Agarró sus alforjas y se dirigió hacia la cocina y la plataforma contigua. Pero entonces se detuvo. Había niños allí fuera. Niños *pequeños*. Demasiado pequeños para estar merodeando solos cerca de una vía rápida como la I-95, y aún no había visto a ningún adulto.

Si hay coches, tiene que haber mayores, ¿no?

Sí, había visto los coches, y una ranchera con un remolque para caballos, pero no había visto a ningún adulto.

Tengo que ir. Aunque me meta en problemas, tengo que asegurarme de que esos dos críos no acaban espachurrados en la autopista.

Pete acudió rápidamente hacia la puerta principal del Burger King, la encontró cerrada y se preguntó lo mismo que le habría preguntado Normie Therriault: *Eh, capullo, ¿hay algo en lo que no seas un cero a la izquierda?*

Pete dio la vuelta y se dirigió a toda prisa hacia la plataforma. Al correr le dolía aún más la cabeza, pero ignoró ese dolor. Dejó las alforjas sobre el borde de la plataforma de hormigón y descendió. Aterrizó mal y se dio un golpe en la rabadilla, pero también ignoró ese dolor. Se levantó de nuevo y lanzó una mirada fugaz en dirección al bosque. Podría simplemente desaparecer. Si lo hacía, tal vez se ahorraría problemas en el futuro. La idea era miserablemente tentadora. No era como en las películas, donde el bueno siempre tomaba la decisión correcta sin dudar ni un momento. Si alguien llegaba a olerle el vodka en el aliento...

—Dios —dijo—. Oh, Dios mío...

¿Por qué se le había ocurrido acercarse a un lugar como ese?

Agarrando con firmeza la mano de Blakie, Rachel se llevó a su hermano hasta el final de la rampa. En cuanto hubieron llegado, pasó un camión con doble remolque a ciento veinte kilómetros por hora. El aire que levantó el vehículo les echó todo el pelo hacia atrás, les arremolinó la ropa y a punto estuvo de derribar a Blakie.

—¡Rachie, tengo miedo! ¡No podemos meternos en la carretera!

Cuéntame algo que no sepa, pensó Rachel.

En casa no los dejaban ir solos más allá del camino de entrada a pesar de que casi no había tráfico en Beeman Lane, Falmouth. El tráfico de la autopista no era ni mucho menos constante, pero cuando pasaba un coche, lo hacía muy, muy rápido. Además, ¿adónde iban a ir? Podían echarse a andar por el arcén, pero correrían un gran riesgo. Y no había salidas en ese tramo, tan solo bosques. Podían volver al restaurante, pero tendrían que pasar junto al coche malo.

Un coche deportivo rojo pasó a toda velocidad, el conductor tenía la mano pegada al claxon y emitía un *MOOOOOOC* constante que le hizo desear a Rachel poder taparse los oídos.

Blake iba dándole tirones y Rachel se lo permitía. A uno de los lados de la rampa

había unos postes que servían de barrera de seguridad. Blakie se sentó en uno de los gruesos cables que unían los postes y se tapó los ojos con las manos. Rachel se sentó junto a él. Ya no sabía qué hacer.

5. Jimmy Golding (Ford Crown Victoria del 2011)

El grito de un niño puede que sea uno de los mecanismos de supervivencia más eficaces de la Madre Naturaleza, pero uno de los más eficaces de la humanidad —al menos en lo que respecta al tráfico rodado por vías de alta velocidad— son los coches patrulla de la policía estatal aparcados, especialmente si la cabeza negra del detector de radares apunta hacia el tráfico que viene de frente. Los conductores que van a ciento veinte levantan el pie del acelerador y bajan a cien; los que van a ciento treinta pisán el freno y empiezan a preguntarse cuántos puntos les quitarán del carnet si empiezan a ver las luces azules por el retrovisor. (Es un efecto saludable que desaparece rápidamente. Quince o veinte kilómetros antes o después del punto en cuestión, los *fitipaldis* vuelven a ser *fitipaldis*.)

La belleza del coche patrulla aparcado, al menos para Jimmy Golding, agente de la policía estatal de Maine, radicaba en que en realidad no era necesario *hacer* nada. Simplemente aparcabas el coche y dejabas que la naturaleza (la naturaleza *humana*, en este caso) siguiera su curso culpable. En aquella tarde nubosa de abril, ni siquiera había encendido su radar de mano Simmons SpeedCheck, y el tráfico que pasaba en sentido sur por la I-95 no era más que un zumbido de fondo. Toda su atención se concentraba en el iPad que tenía apoyado sobre el arco inferior del volante.

Estaba jugando a un juego parecido al Scrabble llamado «Palabras con amigos» mediante la conexión a internet que le suministraba la compañía AT&T. Su contrincante era Nick Avery, un antiguo compañero de cuartel que en ese momento formaba parte de la patrulla del estado de Oklahoma. Jimmy no podía concebir que alguien quisiera cambiar Maine por Oklahoma, le parecía una decisión errónea, pero no tenía ninguna duda de que Nick era un *excelente* jugador de «Palabras con amigos». Vencía a Jimmy en nueve de cada diez partidas y, de hecho, también iba ganando la de aquel día. Pero la ventaja que le llevaba en ese momento era insólitamente reducida y todas las letras estaban fuera de la bolsa virtual de la que habían ido saliendo al azar. Si Jimmy conseguía jugar las cuatro letras que le quedaban, lograría una merecida victoria. En ese momento se había quedado clavado en COPLA. Las cuatro letras que le quedaban eran A, O, N y D. Si conseguía modificar de algún modo la palabra COPLA, no solo ganaría, sino que le daría una buena paliza a su viejo colega. Pero no tenía muchas esperanzas.

Estaba examinando el resto del tablero, donde las perspectivas eran aún menos prometedoras, cuando de repente su radio emitió dos agudos pitidos. Era una alerta para todas las unidades del 911 en Westbrook. Jimmy apartó bruscamente el iPad y subió el volumen.

—Llamando a todas las unidades. Atención. ¿Hay alguien cerca del Área 81? Contesten.

Jimmy agarró el micro.

—911, unidad 17 al habla. Me encuentro en el kilómetro 85, al sur de la salida hacia Lisbon-Sabbatus.

La mujer del 911 con la que Rachel Lussier había hablado no se molestó en preguntar si había alguien más cerca. Con el Crown Vic nuevo, Jimmy podía llegar en tan solo tres minutos, tal vez menos.

—Unidad 17, hace tres minutos me ha llamado una niña que dice que sus padres han muerto y desde entonces he recibido varias llamadas de distintas personas que aseguran haber visto a dos niños solos cerca de esa área de servicio.

Jimmy ni siquiera se molestó en preguntar por qué ninguno de los que habían llamado se había acercado. Ya lo había visto en otras ocasiones. A veces era por miedo a verse envueltos en enredos legales. Y normalmente era porque no les importaba una mierda. Pasaba muy a menudo. Pero aquella vez eran *niños*... Dios.

—911, aquí la unidad 17. Voy hacia allá. Corto.

Jimmy encendió las luces azules, miró por el retrovisor para asegurarse de que no venía nadie y salió a toda pastilla del camino de grava donde un rótulo rezaba CAMBIO DE SENTIDO PROHIBIDO, SOLO VEHÍCULOS OFICIALES. Los ocho cilindros en V del Crown Victoria rugieron, el velocímetro digital subió hasta los ciento cincuenta kilómetros por hora y se quedó en ese punto durante el breve trayecto. Los árboles aparecían y desaparecían a una velocidad vertiginosa a ambos lados de la carretera. Alcanzó a un viejo Buick abarrotado que se negaba tercamente a hacerse a un lado, y tuvo que sortearlo por el arcén. Nada más recuperar la calzada principal, Jimmy vio el área de servicio. Y algo más. Dos chiquillos, un niño en pantalones cortos y una niña con unos pantalones de color rosa, sentados en los cables de la barrera de protección que flanqueaba la rampa de entrada. Parecían los vagabundos más pequeños del mundo y Jimmy se apiadó de ellos al instante. Al fin y al cabo, él también tenía hijos.

Los niños se levantaron al ver las luces del coche patrulla y, por un terrorífico segundo, Jimmy pensó que el pequeño iba a abalanzarse frente a su vehículo. Gracias a Dios, la niña lo agarró de un brazo y lo mantuvo alejado de la calzada.

Jimmy frenó tan bruscamente que activó el sistema ABS. La libreta de multas, la documentación del vehículo y el iPad cayeron en cascada del asiento al suelo. La parte delantera del Victoria se desvió un poco, pero consiguió dominarlo y aparcar bloqueando el acceso a la rampa, donde ya había otros coches estacionados. ¿Qué estaba pasando allí?

Entonces el sol asomó entre las nubes y una palabra que no guardaba ninguna relación con la situación centelleó de repente en la mente del agente Jimmy Golding: *ACOPLANDO*. *Puedo formar ACOPLANDO y utilizar todas las fichas que me quedan.*

La niña corría hacia el lado del conductor del coche patrulla arrastrando a su hermano, que avanzaba a trompicones sin parar de lloriquear. La pequeña, aterrorizada y con el rostro lívido, parecía mayor de lo que era en realidad, mientras que el niño llevaba los pantalones cortos empapados.

Jimmy salió del vehículo con cuidado para no golpearlos al abrir la puerta. Clavó una rodilla en el suelo para ponerse a su altura y los dos se le arrojaron a los brazos con tanto ímpetu que estuvieron a punto de tirarlo al suelo.

—Ey, ey, tranquilos, no pasa n...

—El coche malo se ha comido a mamá y a papá —dijo el pequeño mientras señalaba hacia la rampa—. Ese coche malo de allí. Se los ha comido como el lobo *fedó* se comió a *Capeducita*. ¡Tiene que hacer que vuelvan!

Era imposible saber hacia qué vehículo apuntaba ese dedo regordete. Jimmy vio que había cuatro: un coche familiar que parecía haber recorrido al menos quince kilómetros de pistas forestales embarradas, un Prius recién lavado, una ranchera Dodge Ram con un remolque para caballos y un Ford Expedition.

—Dime, pequeña, ¿cómo te llamas? Yo soy el agente Jimmy.

—Rachel Lussier —dijo ella—. Y este es Blakie, mi hermano pequeño. Vivimos en el número diecinueve de Fresh Winds Way, Falmouth, Maine, 04105. No se acerque, agente Jimmy. Parece un coche, pero no lo es. Se come a la gente.

—¿De qué coche estamos hablando, Rachel?

—Del de delante, el que está junto al de mi padre. El del barro.

—¡El coche del barro se ha comido a papá y mamá! —exclamó Blakie—. ¡Tiene que hacer que vuelvan, usted es policía, tiene una pistola!

Todavía arrodillado, Jimmy abrazó a los dos niños y dirigió la vista hacia el coche familiar embarrado. El sol volvió a esconderse tras las nubes y sus sombras desaparecieron. En la autopista, los coches seguían circulando, aunque ahora más lentos, conscientes de los destellos de luz azul.

No había nadie ni en el Expedition, ni en el Prius, ni en la ranchera. Supuso que tampoco habría nadie dentro del remolque para caballos a menos que estuviera agachado, y en ese caso el caballo seguramente estaría mucho más nervioso. El único vehículo del que no podía ver el interior era el que, según afirmaban los niños, se había comido a sus padres. A Jimmy no le gustaba el aspecto de la capa de barro que cubría las ventanillas. Parecía *deliberadamente* cubierto de barro. Tampoco le gustó ver un teléfono móvil roto en el suelo, junto a la puerta del conductor. Ni el anillo que había al lado. Lo del anillo era realmente inquietante.

Como si el resto no lo fuera.

De repente, la puerta del conductor se abrió parcialmente, con lo que el nivel de inquietud aumentó un poco más. Jimmy se puso tenso y se llevó la mano a la funda de la pistola, pero nadie salió del coche. La puerta simplemente quedó entornada, con

una apertura de unos quince centímetros.

—Así es como intenta que te acerques —dijo la chiquilla con un hilo de voz que era poco más que un susurro—. Es un coche-monstruo.

La última vez que Jimmy Golding había creído en coches-monstruo fue cuando vio la película *Christine*, de niño, pero sí creía que a veces los monstruos podían estar al acecho *dentro de un coche*. Y dentro de aquel había alguien. ¿Cómo se había abierto la puerta, si no? Podía ser el padre de esos niños, herido e incapaz de gritar, o la madre. También podía ser un tipo tumbado sobre el asiento para que no lo vieran a través de las ventanillas embarradas. Tal vez un tipo armado.

—¿Quién está en el coche familiar? —gritó Jimmy—. Soy agente del Estado, identifíquese.

Pero nadie se identificó.

—Salga del coche. Las manos por delante, quiero verlas bien.

Lo único que salió fue el sol, proyectando la sombra de la puerta sobre el asfalto por uno o dos segundos antes de volver a ocultarse tras las nubes. Luego, de nuevo la puerta entreabierta.

—Venid conmigo, niños —dijo Jimmy, y se los llevó al coche patrulla. Abrió la puerta trasera y los dos hermanos se quedaron mirando el asiento lleno de papeles, el forro polar de Jimmy (que no le hizo falta ese día) y el rifle con el seguro puesto y guardado en la parte de atrás de la banqueta. Se fijaron especialmente en el rifle.

—Mamá y papá siempre nos dicen que no entremos en el coche de un desconocido —dijo Blakie—. También nos lo dicen en la escuela. Que desconfiemos de los desconocidos.

—Es un policía con un coche de policía —dijo Rachel—. Puedes fiarte, entra. Pero como toques el rifle, te llevas una torta.

—Haces bien en advertirle lo del arma, pero está guardada y lleva el seguro puesto —dijo Jimmy.

Blakie entró en el coche y miró por encima del asiento.

—¡Eh, tienes un iPad!

—Cállate —dijo Rachel. Ella también se disponía a entrar cuando miró a Jimmy Golding y le dijo con una expresión cansada y aterrorizada—: no lo toques. *Te vas a pringar...*

Jimmy casi sonrió. Tenía una hija que debía de ser solo un año menor que aquella niña y seguramente habría dicho lo mismo. Supuso que había dos tipos de niña, las marimachos y las que odiaban ensuciarse. Igual que su Ellen, esta también odiaba ensuciarse.

Con esa interpretación, que pronto resultaría fatal, de lo que la pequeña Rachel Lussier había querido decir con *pringar*, cerró la puerta y dejó a los dos niños en la parte trasera de la unidad 17. Se inclinó frente a la ventanilla de la parte delantera del

coche patrulla y agarró el micro de la radio. No perdió de vista ni un momento la puerta entreabierta del coche familiar, por lo que no pudo ver al chaval que estaba junto al restaurante del área de servicio, aferrado a unas alforjas de imitación de cuero que sujetaba contra su pecho como si se tratara de un recién nacido. Un momento después, el sol volvió a asomar entre las nubes y Pete Simmons fue engullido por la sombra del edificio del restaurante.

Jimmy llamó a la central.

—17, te recibo.

—Estoy en la vieja zona de servicios del Área 81. Tengo cuatro vehículos abandonados, un caballo abandonado y dos niños, también abandonados. Uno de los vehículos es un coche familiar. Los niños dicen... —Hizo una pausa, pero luego pensó *qué demonios*. Los niños dicen que se ha comido a sus padres.

—¿Puedes repetirlo? Cambio.

—Creo que quieren decir que alguien que podría estar dentro los atrapó. Quiero que mandes a todas las unidades disponibles. Cambio.

—Haré un llamamiento a todas las unidades, pero la primera no llegará hasta dentro de diez minutos. Será la unidad 12. Tiene un código 73 en Waterville.

Se trataba de Al Andrews quien, sin duda, estaba comiendo en Bob's Burgers y charlando de política.

—Recibido —respondió.

—17, dame la referencia del vehículo, lo buscaré en la base de datos.

—Negativo. No tiene matrícula. Y respecto a la marca y el modelo del coche, está tan cubierto de barro que no sabría decir... Eso sí, es americano. *Creo*. Probablemente un Ford o un Chevy. Tengo a los niños en el coche patrulla. Se llaman Rachel y Blakie Lussier, de Fresh Winds Way, Falmouth. Me han dicho el número pero no lo recuerdo.

—*¡Diecinueve!* —gritaron Rachel y Blakie al unísono.

—Dicen que...

—Lo tengo, 17. Y ¿en qué coche han llegado?

—*¡En el Expedition de papá!* —gritó Blakie, feliz al ver que podía ayudar en algo.

—Un Ford Expedition —dijo Jimmy—. Matrícula 3772 IY. Voy a acercarme al coche.

—Recibido. Ten cuidado, Jimmy.

—Recibido. Ah, sí, ¿puedes ponerte en contacto con el 911 y decirles que los niños están bien?

—Claro.

Estaba a punto de volver a dejar el micro cuando decidió pasárselo a Rachel.

—Si ocurre algo, algo *malo*, pulsa este botón de aquí y gritas «treinta». Eso

significa que el agente necesita ayuda. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero no debería acercarse a ese coche, agente Jimmy. *Muerde, se come a la gente* y se va a pringar.

Blakie estaba tan maravillado por el hecho de estar dentro de un coche de policía de verdad que había olvidado temporalmente lo que les había sucedido a sus padres. Pero de pronto, al recordarlo, empezó a llorar otra vez.

—¡Quiero a mamá y a papá!

A pesar de lo extraña que era la situación y del peligro que comportaba, Jimmy estuvo a punto de estallar en carcajadas al ver cómo Rachel Lussier ponía los ojos en blanco como queriendo decir *¿ves lo que me toca aguantar?* ¿Cuántas veces debía de haber visto esa misma expresión en el rostro de su hija, la pequeña Ellen Golding, de solo cinco años?

—Mira, Rachel —dijo Jimmy—, sé que estás asustada, pero aquí dentro estáis seguros y yo tengo que hacer mi trabajo. Si tus padres están en ese coche, no queremos que les hagan daño, ¿verdad?

—¡VAYA A BUSCAR A MAMÁ Y A PAPÁ, AGENTE JIMMY! —bramó Blakie—. ¡NO QUEREMOS QUE LES HAGAN DAAAÑO!

Jimmy vio algo de esperanza en los ojos de la niña, aunque menos de la que le hubiera gustado. Como el agente Mulder en la antigua serie *Expediente X*, Rachel quería creer... pero, como le sucedía a la compañera de Mulder, la agente Scully, era incapaz de hacerlo. ¿Qué debían de haber visto esos niños?

—Tenga cuidado, agente Jimmy —dijo Rachel levantando un dedo. Era un gesto aprendido de la maestra de la escuela, reforzado de forma simpática por un leve temblor—. No lo toque.

Mientras Jimmy se acercaba al coche familiar, sacó de la funda su Glock automática, aunque no le quitó el seguro. Por el momento. Situado un poco más al sur de la puerta entreabierta, volvió a invitar a salir a quien pudiera estar dentro del vehículo, con las manos abiertas, vacías y en alto. No salió nadie. Estaba a punto de tocar la puerta cuando recordó la advertencia de la niña y dudó un momento. Finalmente la tocó con el cañón de la pistola para acabar de abrirla, pero no solo no se abrió, sino que el cañón del arma se quedó pegado al instante. Esa cosa era un bote de pegamento.

Sintió que algo tiraba de él hacia el coche, como si una mano poderosa hubiera asido el cañón de su Glock y lo hubiese arrastrado con fuerza. Por un segundo, podría haber soltado la pistola, pero una idea como esa ni siquiera se le habría pasado por la cabeza. Una de las primeras cosas que te enseñan en la Academia respecto al tema de las armas es que jamás debes soltar la que llevas en el cinturón. *Jamás*.

Por eso siguió agarrando con fuerza la pistola, y el coche, después de comérsele el arma, se le comió la mano. Y el brazo. El sol volvió a asomar entre las nubes y

proyectó la sombra menguante de Jimmy sobre el asfalto. Mientras, de fondo, se oían los gritos de unos niños.

El coche familiar se está ACOPLANDO al agente, pensó. Ahora entiendo lo que quería decir la niña con lo de pring...

Luego el dolor se extendió por todo su cuerpo y dejó de pensar. Solo hubo tiempo para soltar un grito. Solo uno.

6. Los niños (Richforth del 2010)

Desde donde se encontraba, a casi setenta metros del lugar, Pete lo vio todo. Vio cómo el agente del Estado tocaba con el cañón de la pistola la puerta del coche familiar para acabar de abrirla, vio cómo el cañón desaparecía *dentro* de la puerta, como si el coche no fuera más que una ilusión óptica. Vio cómo el agente recibía un tirón que le hizo perder el enorme sombrero gris. Luego el agente desapareció por la puerta del coche y fuera no quedó más que el sombrero, junto a un teléfono móvil. Hubo una pausa y entonces el coche se replegó como una mano cerrándose en un puño. A continuación, ese sonido parecido al de una pelota de tenis golpeada por una raqueta —*poc!*— y el amasijo embarrado recuperó su forma de coche una vez más.

El niño pequeño empezó a gimotear; la niña no paraba de gritar «*treinta*» una y otra vez como si creyera que se trataba de una palabra mágica que J. K. Rowling hubiera omitido en sus libros de Harry Potter.

La puerta trasera del coche de policía se abrió y los niños salieron. Los dos lloraban desesperados y Pete no los culpaba por ello. De no haber quedado tan aturdido por lo que acababa de presenciar, probablemente también él estaría llorando. Le vino a la cabeza una idea loca: uno o dos tragos más de ese vodka podrían mejorar la situación. Eso le ayudaría a no tener tanto miedo y si no estuviera tan asustado, podría ocurrírsele qué coño debía hacer.

Mientras tanto, los niños volvían a alejarse. Pete pensó que si se dejaban llevar por el pánico podían salir corriendo en cualquier momento. No podía permitirlo, acabarían en medio de la calzada y serían arrollados por los coches que pasaban por la autopista.

—*¡Eh! —gritó—. ¡Eh, chicos!*

Cuando se volvieron para mirarlo —con los ojos muy abiertos, frenéticos, y la cara pálida—, Pete los saludó y empezó a caminar hacia ellos. Mientras lo hacía, el sol volvió a insinuarse entre las nubes, esta vez con autoridad.

El niño pequeño echó a correr hacia delante, pero la chica lo retuvo de un tirón. Al principio, Pete pensó que ella debía de tenerle miedo, pero luego se dio cuenta de que, en realidad, era del coche de lo que tenía miedo.

Pete hizo un gesto circular con la mano.

—*Rodeadlo! ¡Rodeadlo y venid aquí!*

Se colaron por entre la barrera de protección del lado izquierdo de la rampa para pasar lo más alejados posible del coche familiar y luego atajaron por el aparcamiento. Cuando llegaron a la altura de Pete, la niña soltó a su hermano, se sentó y se tapó la cara con las manos. Llevaba trenzas, probablemente se las había hecho su madre. Al mirarla y darse cuenta de que no volvería a hacérselas jamás, Pete se sintió fatal.

El chiquillo lo miró con solemnidad.

—Se ha comido a mamá y a papá. Se ha comido a la señora del caballo y también al agente Jimmy. Supongo que se comerá a todo el *mundo*. Que se va a comer el mundo.

Si Pete Simmons hubiera tenido veinte años, seguramente le habría hecho un montón de preguntas estúpidas. Puesto que solo tenía la mitad de esa edad y era capaz de aceptar lo que acababa de ver, se limitó a preguntar algo más simple y más pertinente.

—Eh, pequeña. ¿Vendrán más policías? ¿Es por eso por lo que gritabas «treinta»? Ella bajó los brazos y lo miró. Tenía los ojos enrojecidos.

—Sí, pero Blakie tiene razón. También se los comerá. Ya se lo dije al agente Jimmy, pero no me creyó.

Pete sí le creyó, porque lo había *visto*. Pero la niña tenía razón. Los policías no le creerían. Al final tendrían que hacerlo, pero tal vez no antes de que ese coche monstruoso se hubiera comido a unos cuantos agentes más.

—Creo que viene del espacio —dijo él—. Como en *Doctor Who*.

—Mamá y papá no nos dejan ver esa serie —dijo el pequeño a Pete—. Dicen que da mucho miedo. Pero esto aún da más miedo.

—Está vivo —dijo Pete, hablando más para sí que con los niños.

El sol se escondió brevemente tras una de las nubes que empezaban a abrirse. Cuando volvió a salir, trajo una idea consigo. Pete había estado esperando la oportunidad de demostrarle a Normie Therriault y al resto del Escuadrón Rompeculos algo que los asombrara lo suficiente como para que lo aceptaran en su banda. En esas ocasiones, como suelen hacer los hermanos mayores, George siempre le ponía de nuevo los pies en el suelo: *ese truco de mocosos ya lo han visto mil veces*.

Tal vez sí, pero tal vez esa cosa de allí *no* lo hubiera visto mil veces. Tal vez ni siquiera una. Tal vez en el lugar de donde procedía no había luras. O sol, da lo mismo. Recordó un episodio de *Doctor Who* sobre un planeta en el que siempre estaba oscuro.

Oyó una sirena a lo lejos. Estaba a punto de llegar un poli. Un poli que no creería nada de lo que los niños le dirían porque, para los mayores, los niños tenían demasiada mierda en la cabeza.

—Chicos, quedaos aquí. Voy a intentar hacer algo.

—¡No! —La niña le agarró la muñeca con unos dedos que parecían zarpas—. ¡Te comerá a ti también!

—No creo que pueda darse la vuelta —le dijo Pete mientras se libraba de su mano. Le había dejado un buen par de arañazos, con sangre y todo, pero Pete no se enfadó y no la culpó por ello. Él probablemente habría hecho lo mismo si hubieran sido sus padres los que hubieran muerto—. Creo que no puede moverse de donde está.

—Pero puede *alcanzarte* —dijo ella—. Puede alcanzarte con los neumáticos. Se derriten.

—Iré con cuidado —dijo Pete—, pero tengo que intentarlo. Porque tenéis razón, vendrán los polis y se los comerá también. No os mováis de aquí.

Fue andando hacia el coche familiar. Cuando ya estaba cerca (aunque no *demasiado* cerca), abrió la cremallera de las alforjas. *Tengo que intentarlo*, les había dicho a los niños, pero la verdad era un poco distinta: *quería* intentarlo. Sería como un experimento de ciencias. Podría sonar absurdo si se lo contara a alguien, pero tampoco tenía que explicárselo a nadie. Simplemente tenía que hacerlo. Con mucho... mucho... cuidado.

Estaba sudando. Había salido el sol y hacía calor, pero ese no era el único motivo, y lo sabía. Miró hacia arriba y entornó los ojos para soportar la claridad. *No te escondas detrás de una nube. No te atrevas. Te necesito.*

Sacó su lupa Richforth de las alforjas y se inclinó para dejar la bolsa sobre el asfalto. Las rodillas le crujieron y la puerta del coche familiar se abrió unos centímetros.

Sabe que estoy aquí. No sé si puede verme, pero me acaba de oír. Y tal vez pueda olerme.

Dio otro paso. Ya estaba lo suficientemente cerca para tocar el lateral del coche familiar. Es decir, si fuera tan tonto como para hacerlo.

—*Cuidado!* —gritó la niña. Tanto ella como su hermano estaban de pie, mirándolo abrazados—. *¡Ten cuidado con él!*

Con mucha cautela, como un niño entraría en la jaula de un león, Pete extendió el brazo con la lupa en la mano. Un círculo de luz apareció en el lateral del coche familiar, pero era demasiado grande. Demasiado débil. Acercó la lupa un poco más.

—*¡El neumático!* —gritó el niño—. *¡Ten cuidado con el NEUMÁÁÁTICO!*

Pete bajó la mirada y vio que uno de los neumáticos se estaba derritiendo. Un tentáculo se arrastraba por el asfalto hacia una de sus zapatillas. No podía retroceder sin abandonar el experimento, por lo que levantó el pie y se quedó a la pata coja. Inmediatamente, el tentáculo cambió de dirección y se dirigió hacia su otro pie.

No queda mucho.

Acercó aún más la lupa al coche. El círculo de luz se redujo hasta formar un punto blanco brillante. Por un momento, no ocurrió nada. Luego empezaron a salir unas volutas de humo. La superficie blanca y embarrada empezó a ennegrecerse bajo el punto de luz.

Se oyó un gruñido inhumano procedente del interior del coche familiar. Pete tuvo que luchar contra todos los instintos de su cuerpo y de su cerebro para evitar salir corriendo. Su boca entreabierta mostraba los dientes apretados en un gruñido desesperado. Mantuvo la Richforth muy quieta mientras contaba los segundos en

silencio. Ya había llegado al siete cuando el gruñido se convirtió en un chillido vidrioso que amenazaba con hacerle estallar el cerebro. A su espalda, Rachel y Blake se habían soltado para poder taparse los oídos.

A los pies de la rampa de entrada al área de servicio, Al Andrews detuvo la unidad 12. Salió del coche y no pudo evitar una mueca al oír aquel terrible alarido. *Era como una sirena antiaérea transmitida a través del amplificador de una banda de heavy metal*, contaría más tarde. Vio que un chico sostenía algo que casi tocaba la superficie de un viejo Ford o Chevy familiar lleno de barro. El chico también tenía el rostro crispado por el dolor, por la determinación, o por ambas cosas.

El punto negro humeante en el flanco del coche familiar empezó a extenderse. El humo blanco que surgía de él formando remolinos era cada vez más denso. Se volvió gris, y luego negro. Lo que ocurrió a continuación sucedió rápido. Pete vio cómo surgían unas llamaradas minúsculas alrededor del punto negro. Se extendían, parecían danzar *por encima* de la superficie de aquella cosa con forma de coche. Como las que salían en las briquetas de carbón de la barbacoa del jardín cuando su padre las rociaba con combustible y les prendía fuego con una cerilla.

El tentáculo mugriento, que ya casi había alcanzado el pie que Pete mantenía en contacto con el asfalto, retrocedió de repente. El coche volvió a replegarse, pero esta vez las llamas azules lo envolvieron como una corona. Se retrajo cada vez más y más, hasta convertirse en una bola de fuego. Entonces, ante los ojos de Pete, de los dos hermanos Lussier y del agente Andrews, salió disparado hacia el cielo azul de primavera. Se quedó arriba por un momento, candente como una brasa, y luego desapareció. Pete se puso a pensar en la fría oscuridad que había por encima de la atmósfera que envolvía a la tierra: esa extensión insondable en la que podía vivir y acechar cualquier cosa.

No lo he matado, simplemente lo he ahuyentado. Ha tenido que marcharse para apagarse, como una cerilla en un cubo de agua.

El agente Andrews se quedó mirando el cielo, fascinado. Uno de los pocos circuitos de su cerebro que seguía funcionando bien se preguntaba cómo iba a escribir un informe acerca de lo que acababa de ver.

Empezaron a oírse más sirenas que se acercaban.

Pete volvió junto a los dos niños con las alforjas en una mano y la lupa Richfort en la otra. De algún modo, deseó que George y Normie hubieran estado allí. Pero ¿qué importaba eso? Había pasado la tarde solo y había sido de lo más emocionante sin ellos, tanto que no le importaba si lo castigarían o no. Comparado con aquello, saltar con la bici por el borde de un estúpido arenal parecía incluso aburrido.

Tal vez se habría reído si los dos chiquillos no hubieran estado mirándolo. Acababan de ver cómo una especie de alienígena se comía a sus padres, vivos, por lo que mostrar cualquier tipo de alegría hubiera sido un gran error.

El niño extendió sus brazos regordetes hacia él y Pete lo levantó del suelo. No se rió cuando el niño lo besó en la mejilla, pero sí sonrió.

—*Gacias* —dijo Blakie—. Eres muy bueno.

Pete volvió a dejarlo en el suelo. La niña también lo besó, lo cual estuvo bien, aunque habría estado aún mejor si hubiera sido una chica mayor.

El agente echó a correr hacia ellos y eso le hizo recordar algo a Pete. Se inclinó frente a la niña y le echó el aliento a la cara.

—¿Hueles algo?

Rachel Lussier lo miró sabiamente durante un momento.

—Todo irá bien —dijo ella, y sonrió. Solo fue una sonrisa leve, pero ya era mejor que no verla sonreír en absoluto—. No le eches el aliento. Y cómbrate unos caramelos de menta o algo antes de ir a casa.

—Había pensado comprar chicles de menta fuerte —dijo Pete.

—Sí —dijo Rachel—. Esos funcionarán.

Para Nye Willden y Doug Allen, quienes compraron mis primeros relatos.



STEPHEN KING, ha escrito más de cuarenta novelas y doscientos relatos. En 2003 fue galardonado con el premio literario estadounidense de mayor prestigio, la medalla de The National Book Foundation for Distinguished Contribution to American Letters. Entre grandes éxitos internacionales más recientes están *Cell* y los tres tomos finales de *La Torre Oscura*. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.